

WILLIAM SHAKESPEARE

CUENTO DE INVIERNO

Traducción de José Arnaldo Marqués

Barcelona: Biblioteca «Arte y Letras», 1884

**Introducción de
JUAN JESÚS ZARO**

Edita

Proyecto de investigación I+D, HUM-2004-00721
Archivo digitalizado y edición traductológica de textos literarios y ensayísticos
traducidos al español

Málaga, 2007

CUENTO DE INVIERNO. LA TRADUCCIÓN DE *THE WINTER'S TALE* DE JOSÉ ARNALDO MÁRQUEZ (1884)

Juan Jesús Zaro
Universidad de Málaga

El traductor

A José Arnaldo Márquez (1830-1903), periodista, filósofo, poeta y traductor peruano, le cabe el honor de ser el primer traductor sistemático de Shakespeare nacido en Hispanoamérica, aunque publicara sus traducciones en España.

La vida de Márquez, romántica y aventurera, transcurrió entre su Perú natal y Europa, concretamente España y Francia. Viajó también a los Estados Unidos, viaje que tuvo ocasión de describir en su libro *Recuerdos de viaje a los Estados Unidos de la América del norte (1857-1861)*, hoy reivindicado como un lúcido ensayo en el que se describen tanto la vida cotidiana como las instituciones norteamericanas y se apuntan sus posibilidades de adaptación a los países del hemisferio sur. Márquez fue también inventor de una máquina que efectuaba el trabajo manual de los cajistas de imprenta, máquina que nunca funcionó del todo bien y que fue relegada al olvido al aparecer un nuevo modelo de linotipia. El fracaso de su invento, en el que Márquez había invertido tantos esfuerzos económicos y personales, fue un duro golpe del que nunca se recuperó. En 1848 empezó a escribir en *El Comercio* y posteriormente en *El Heraldo*, *El Diablo*, *La Actualidad* y *El Diario*, entre otras publicaciones. Fundó y editó *La Semana* (1851), *El Cosmorama* (1867) y *El Educador Popular* (1873-1877). Márquez murió en Lima, muy pobre, apoyado monetariamente por el presidente de la república Eduardo López de Romaña.

Aunque también tradujo a Byron, Longfellow y Whitman, Márquez es conocido sobre todo por sus traducciones de obras dramáticas de Shakespeare. El peruano sustituyó a Marcelino Menéndez y Pelayo en el proyecto de traducción de las «obras completas» que intentaba llevar a cabo la famosa biblioteca «Arte y Letras» de Barcelona. El santanderino sólo pudo llevar a cabo la traducción del primer tomo de los *Dramas de Guillermo Shakspeare* (1881), que incluía las obras *El mercader de Venecia*, *Macbeth*, *Romeo y Julieta* y *Otelo*, mientras que Márquez se encargó de la traducción de los tomos segundo (1883) y tercero (1884). En el segundo se incluyeron *Julio César*, *Como gustéis*, *Comedia de las equivocaciones* y *Las alegres comadres de Windsor*, y en el tercero *Sueño de una noche de verano*, *Medida por medida*, *Coriolano* y *Cuento de invierno*. La biblioteca «Arte y Letras» se distinguió por su carácter abierto y progresista, por la interesante selección de los títulos publicados –que pone de manifiesto un auténtico proyecto de renovación cultural (Cotner Cerdó 2002, 25)– y por su cuidada edición y tipografía. Las ilustraciones de los *Dramas de Guillermo Shakspeare* eran de artistas alemanes: las de *Cuento de invierno*, en concreto, de Max, Klimsch, Kaeseberg y Treibmann.

Como señala José Ramón Díaz (2005, 297), las traducciones de Márquez han sido reeditadas con frecuencia en países como Argentina, México y Perú hasta bien entrados los años sesenta.

La traducción

En la *Introducción* a la traducción de *Cuento de invierno* de José María Valverde, Pere Gimferrer (1984, xi) habla de la similitud de la obra con *La tempestad*, y diferencia el público de esta obra del público de las obras más populares de

Shakespeare. Se trataría de «un auditorio restringido y selecto que en buena medida pide de ellos algo distinto de lo que les pidió el público al que debieron su éxito». Shakespeare, argumenta, no trabaja ya para el público general, sino para un círculo más refinado que desea «piezas cultas y gratas con músicas, pastorelas, alegorías y tramoya.» Para Gimferrer, después de las «cimas» en la producción de Shakespeare que suponen *Antonio y Cleopatra* y *Coriolano*, estas dos obras son la culminación de su producción dramática.

Márquez es también el primer traductor al español de *The Winter's Tale*. Posteriormente, han traducido también esta obra Guillermo Macpherson (1884), Rafael Martínez Lafuente (1917), Luis Astrana Marín (1929), Mario del Álamo (1944), José Méndez Herrera (1957), Rodolfo R. Varela (1959), José María Valverde (1967), María Enriqueta González Padilla (1985), Ángel Luis Pujante (1999) y Marcelo Cohen (2002). Es una de las obras de Shakespeare menos representadas en los escenarios españoles

Este *Cuento de invierno* es una traducción en prosa en la que no se detecta indicio alguno de envejecimiento artificial del lenguaje. Se trata, evidentemente, de una traducción cuya finalidad, más que la representación, es la lectura, facilitada en todo lo posible por el traductor, siguiendo posiblemente las directrices y objetivos del proyecto editorial en el que se enmarca. Márquez naturaliza algunos nombres de personajes, como puede verse en la lista siguiente:

Mamillius – Mamilio
Camillo – Camilo
Antigonus – Antígono
Archidamus – Arquídamo
Autolycus – Antíloco
Hermione – Hermiona

El traductor no aporta prólogo ni introducción y tan solo sitúa dos notas en la página 381. La primera constata que ha suprimido “nombres y versos de canciones”, procedimiento que emplea en más de una ocasión, mientras que la segunda reconoce la imposibilidad de traducir el equívoco que plantea la palabra *points* en la frase *He hath ribbons of all the colours i' th' rainbow; points, more than all the lawyers in Bohemia can learnedly handle* (IV-IV-206-207). La comparación de un segmento de la traducción de José Arnaldo Márquez con otras posteriores pone de manifiesto algunas características de su estilo traductor. En concreto, se trata de esta famosa intervención de Leontes y las correspondientes traducciones de Márquez (TM1), Luis Astrana Marín (TM2) y José María Valverde (TM3):

TO: Thou want'st a rough pash and the shoots that I have
To be full like me: yet they say we are
Almost as like as eggs; women say so,
(That will say anything): but were they false
As o'er-dyed blacks, as wind, as waters, false
As dice are to be wish'd by one that fixes
No bourn 'twixt his and mine, yet were it true
To say this boy were like me. Come, sir page,
Look on me with your welkin eye: sweet villain!
Most dear'st! my collop! Can thy dam? –may't be?–
Affection! thy intention stabs the centre:
Thou dost make possible things not so held,
Communicat'st with dreams; –how can this be?–
With what's unreal thou coactive art,
And fellow'st nothing: then 'tis very credent

Thou may'st co-join with something; and thou dost,
(And that beyond commission) and I find it,
(And that to the infection of my brains
And hard'ning of my brows). (I-II-128-146)

TM 1: Para ser enteramente igual a mí te falta una piel más áspera y... algo más. Y eso que dicen que nos parecemos como dos huevos. Cosas de mujeres, que charlan lo que les da la gana. Y aunque sean falsas como el color negro, como los vientos y las aguas; falsas como los dados que quisiera el jugador de mala fe; que este chiquillo se me parece no hay duda. Venid, señor pajecillo. Miradme con esos ojos picarescos, tierno bribonzuelo. ¡Ídolo mío! ¿Y será eso posible? ¡Oh imaginación! ¡cómo me hieres en lo más íntimo! tú conviertes lo posible en imposible, en continuo comercio con los sueños. ¿Cómo puede ser esto?... Cohabitas con la nada y en la nada engendras. ¿Por qué, pues, no será posible que saques fruto de algo ? ...y lo haces, sin duda... Lo veo, lo experimento en mí, que siendo envenenada mi mente con mil cavilaciones.

TM 2: Te falta una cabeza dura y los tallos que brotan sobre la mía para que te parecieras enteramente a mí. No obstante, se dice que nos asemejamos como dos huevos; son las mujeres quienes lo dicen; las mujeres, que dicen cualquier cosa; pero fueron falsas como las telas teñidas de negro, como el viento, como las aguas; falsas como los dados que desea el hombre que no establece diferencia entre lo *tuyo* y lo *mío*, no sería menos exacto decir que este niño se me parece. Entonces, señor paje, miradme con vuestros ojos color de cielo. ¡Villano encantador! ¡Mi queridísimo! ¡Riquín! ¿Puede tu madre...? ¿Es posible? ¡Imaginación! ¡Tu designio hiera en el centro! Haces posibles las cosas que no son tenidas por tales. Te comunicas con los sueños... ¿Cómo puede ser? Obras de concierto con lo irreal, y te asocias a la nada. Luego es muy creíble que puedas juntamente con algo. Y eso es lo que haces, y en una medida que rebasa lo permitido, y *yo* lo hallo en el envenenamiento de mis pensamientos y en el endurecimiento de mi frente.

TM 3: Te falta una frente rizada y los apéndices que tengo, para ser del todo como yo. Sin embargo, dicen que nos parecemos como un huevo a otro huevo; las mujeres lo dicen (que son capaces de decir cualquier cosa); pero aunque fueran más falsas que las telas negras reteñidas, y que el viento y las aguas, tan falsas como los dados que desea quien pone límites entre lo *suyo* y lo *mío*, sin embargo, sería verdadero decir que este muchacho es igual que yo. Vamos, señor paje, mírame con tus ojos de cielo: dulce bribón, queridísimo, bocado mío...¿Puede tu madre? ¿Puede ser? ¡Deseo! Tu intención apuñala el centro: tú haces posibles cosas que no se creen tales, tienes algo en común con los sueños (¿cómo puede ser esto?), con lo que es irreal: colaboras con lo artificial y eres compañero de la nada. Entonces, es muy creíble que puedas aliarte con algo, y lo haces, y más allá de lo debido, y lo encuentro, y eso para infección de mi cerebro y endurecimiento de mi frente.

Como puede verse, el texto de Márquez tiende a una mayor alejamiento del TO por medio de procedimientos como la modulación («...y algo más» por *the shoots*; «el jugador de mala fe» por *one that fixes no bourn 'twixt his and mine*), la adaptación («me hieres en lo más íntimo» por *thy intention stabs the centre*), la supresión radical de los paréntesis e incluso la omisión (no traduce *o'er-dyed* ni *hard'ning of my brows*). Estos procedimientos, y la elección de la prosa en lugar del verso, confieren, no obstante, una indudable concisión y cierta modernidad al lenguaje empleado por Márquez, frente al lenguaje más farragoso y en cierto modo desfasado de traductores como Astrana Marín.

BIBLIOGRAFÍA

1. Traducciones citadas:

W. Shakespeare (1984). *Cuento de invierno. La tempestad*. Traducción de José María Valverde. Barcelona: Planeta.

W. Shakespeare (1929) *Obras completas*. Traducción de Luis Astrana Marín.

2. Obras consultadas.

Cotoner Cerdó, L. (2002) “La biblioteca *Arte y Letras*. Primera aproximación.” *Quaderns. Revista de traducció*. 8. 17-27.

Díaz Fernández, J. R. (2005) "Toward a Survey of Shakespeare in Latin America". B. Kliman y R. Santos (eds.), *Latin American Shakespeares*. Madison: Fairleigh Dickinson University Press: 293-328.

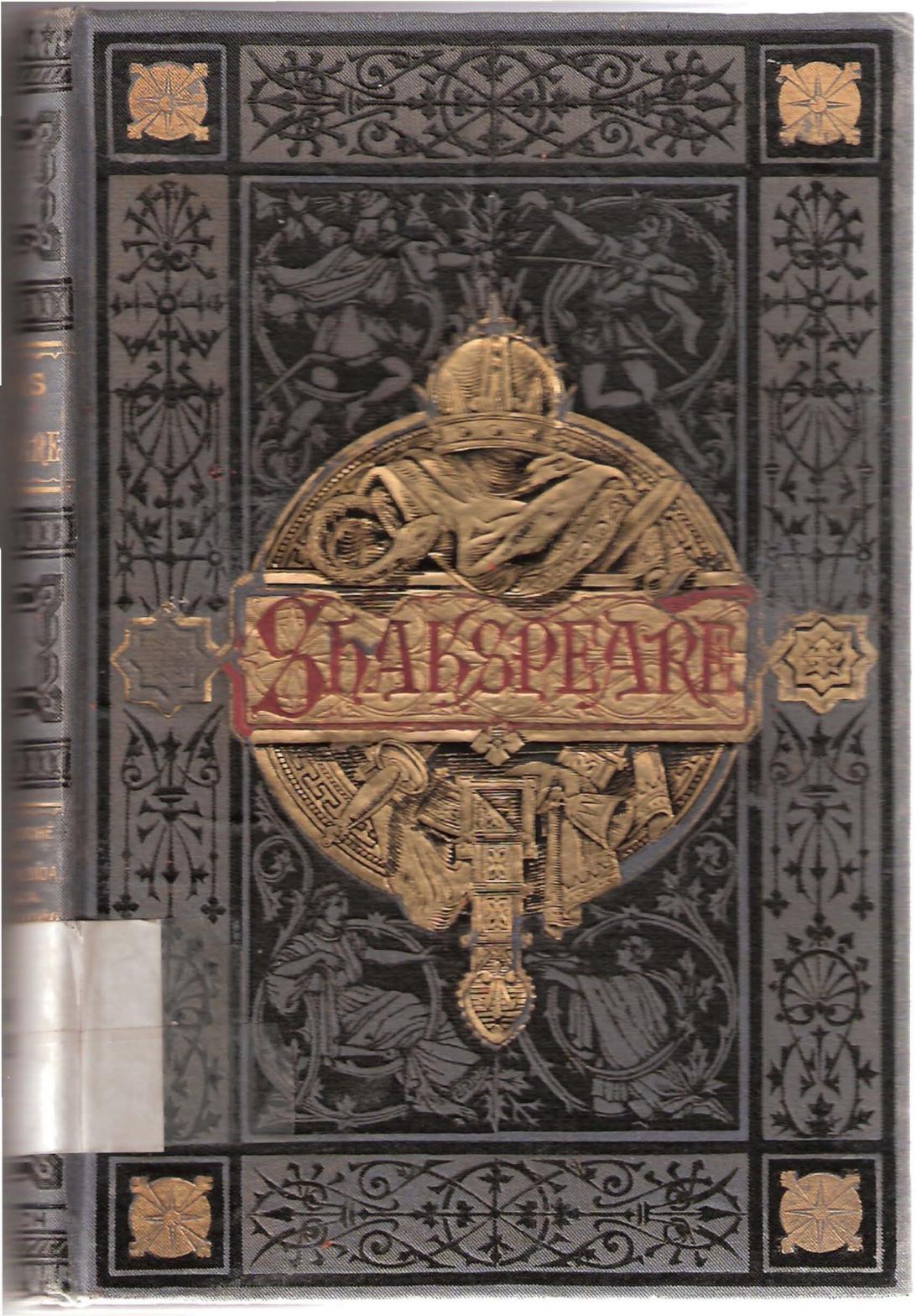
Gimferrer, P. (1984) "Introducción" en W. Shakespeare, *El cuento de invierno. La tempestad*. Traducción de José María Valverde. Barcelona: Planeta: ix-xviii.

Rodríguez Revollar, R. (2004). "La linotipia de José Arnaldo Márquez." *Sala de prensa. Web para profesionales de la comunicación iberoamericanos*:
<http://www.saladeprensa.org/art576.htm>

ENLACES

Ediciones digitales de obras de José Arnaldo Márquez:

http://sisbib.unmsm.edu.pe/Bibvirtual/libros/literatura/Recuerdos_de_viaje/ficha.htm



SHAKESPEARE

ES PROPIEDAD

DRAMAS
DE
GUILLERMO SHAKSPEARE

SUENO DE UNA NOCHE DE VERANO - MEDIDA POR MEDIDA
CORIOLANO - CUENTO DE INVIERNO

TRADUCCIÓN DE
JOSE ARNALDO MÁRQUEZ

*Dibujos y grabados al boy de los principales
artistas alemanes*



BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO Y C.^ª - *Ausias-Mai ch*, 95

1884

PERSONAJES

LEONTES, rey de Sicilia.
MAMILIO, su hijo.
CAMILO,
ANTÍGONO,
CLEÓMENES, } nobles sicilianos.
DIÓN,
OTRO NOBLE SICILIANO.
ROGERO, caballero siciliano.
UN CRIADO, del joven príncipe Mamilio.
OFICIALES, del Tribunal de Justicia.
POLIXENES, rey de Bohemia.
FLORIZEL, su hijo.
ARQUIDAMO, noble bohemio.
UN MARINERO.
UN CARCELERO.
UN ANCIANO PASTOR, á quien se reputa padre de Perdita.
UN BUFON, su hijo.
UN SIRVIENTE, del anciano pastor.
ANTILOCO, bribon.
EL TIEMPO, que hace oficios de coro.
HERMIONA, reina esposa de Leontes.
PERDITA, hija de Leontes y Hermiona.
PAULINA, esposa de Antígono.
EMILIA, dama. } del séquito de la reina.
OTRAS DOS DAMAS. }
MOPSA, } pastoras.
DORCAS, }

NOBLES, DAMAS Y SEQUITO. — SÁTيروس, PASTORES, ZAGALAS,
GUARDIAS, ETC.

La acción pasa á veces en Sicilia y á veces en Bohemia.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Sicilia. Antecámara en el palacio de Leontes.

Entran CAMILO y ARQUÍDAMO.

ARQUÍDAMO.—Si os aconteciere, Camilo, visitar Bohemia en ocasión semejante á la que ahora requiere mis servicios, veréis, como he dicho, gran diferencia entre aquel país y vuestra Sicilia.

CAMILO.—Pienso que el rey se propone pagar á Bohemia en el verano próximo la visita que justamente le debe.

ARQUÍDAMO.—Aun cuando tengamos que avergonzarnos de nuestra pobre hospitalidad, nuestro afecto quedará bien justificado; porque ciertamente...

CAMILO.—¡Por favor!

ARQUÍDAMO.—En verdad que lo digo con toda conciencia. No podríamos, con tanta pompa... de tan extraordinario modo... no acierto a decir lo que quisiera. Os daremos brebajes soporíferos para que los sentidos

os nieguen su testimonio sobre nuestra insuficiencia; y así aun cuando no podáis encomiarnos, tampoco nos aplicaréis vuestra censura.

CAMILO.—Dais demasiado precio á lo que se os brinda espontaneamente.

ARQUÍDAMO.—Creed que os hablo con toda sinceridad y honradez.

CAMILO.—Nunca el rey de Sicilia se mostrará bastante bondadoso con el de Bohemia. Juntos fueron educados en su niñez, y se arraigó desde entonces entre ambos tal afecto que necesariamente tiene ahora que ir creciendo. Desde que las obligaciones de la edad madura y las necesidades de la realeza vinieron á interrumpir su trato, jamas se vieron sin cambiar regalos presentes, cartas, embajadas de afecto; de manera que, aunque ausentes, parecían estar juntos, y se daban las manos y se abrazaban, por decirlo así, desde puntos opuestos y al través de la distancia. ¡Que el cielo prolongue ese afecto!

ARQUÍDAMO.—Paréceme que no hay en el mundo interés ó malicia capaces de alterarlo. ¡Qué apoyo tenéis en vuestro joven príncipe Mamilio! Es un caballero que promete tanto como el que más de cuantos vi en mi vida.

CAMILO.—Estoy enteramente acorde con vos en cuanto á las esperanzas que hace concebir. Es un gallardo mozo, que realmente infunde bienestar con su presencia y refresca los corazones envejecidos. Quien andaba ya con muletas antes de nacido él, querría vivir aun para verlo llegado á la virilidad.

ARQUÍDAMO.—Y, sin eso, ¿creéis, que se alegrarían de morir?

CAMILO.—Sí, como no hallaran otro pretexto con que excusar su deseo.

ARQUÍDAMO.—Si el rey no tuviera hijos, desearían vivir soportando su ancianidad hasta que tuviera uno.

(Salen).

ESCENA II.

Salón de honor en el palacio real.

Entran LEONTES, POLÍXENES, HERMIONA, MAMILIO, CAMILO
y séquito.

POLÍXENES.—Nueve veces ha visto el pastor mudarse la estrella de las aguas, desde que dejé nuestro trono sin que le oprimiese carga alguna y otro tanto tiempo pasarla, hermano mío, en expresaros nuestra gratitud; y aun así quedaríamos siendo perpetuamente vuestros deudores. Como cifra, que duplica y aumenta su valor, según se la coloca, multiplico ahora mi única manifestación de gratitud, por mil y mil expresiones de reconocimiento, que la preceden.

LEONTES.—Aguardad á darme las gracias para cuando partáis.

POLÍXENES.—Señor, mañana será. Inquiétame el recelo de lo que puede acontecer ó prepararse en nuestra ausencia; y de que no se levanten en nuestra patria vientos de adversidad que nos hagan exclamar: ¡cuán ciertos resultaron nuestros presentimientos! Además, he permanecido aquí harto tiempo y bien puede Vuestra Majestad fatigarse de mi compañía.

LEONTES.—No, hermano, ¡cómo podriais fatigarnos jamás!

POLÍXENES.—No puedo quedarme más tiempo.

LEONTES.—Ocho días no más.

POLÍXENES.—No, no; he de partir mañana.

LEONTES.—Pues partamos la diferencia entre nosotros: en eso no admito réplica.

POLÍXENES.—Os suplico que no me acoséis así. Si hay alguna voz capaz de persuadirme, una sola en el mundo, esa es la vuestra. Y así sería ahora, á haber en vuestra demanda el menor fundamento de necesidad,

aun cuando yo tuviera que rehusarla. Pero mis negocios me llaman á mis hogares, sin que vuestro afecto deba impedirlo, á menos que se torne en azote para mí: mi permanencia es para vos una carga y una turbación. Y para evitar lo uno y lo otro, os digo adiós, hermano mío.

LEONTES.—¿Estáis muda, reina nuestra? Hablad.

HERMIONA.—Hablame propuesto, señor, guardar silencio hasta que le hubiéseis hecho jurar que no se quedaría. Vos, señor, se lo pedís con demasiada frialdad. Decidle que estáis seguro de que no hay novedad en Bohemia: ayer mismo tuvimos tan satisfactoria nueva. Decidle esto y lo habréis desalojado de su mejor trinchera.

LEONTES.—Bien dicho, Hermiona.

HERMIONA.—Si dijera que está impaciente por ver á su hijo, esta ya sería una razón. Pero en tal caso, que lo diga y no os opondréis á su partida: que lo jure y no tendrá que quedarse; nosotras mismas le echaremos con nuestras ruecas. (*A Polixenes.*) No obstante, me aventuraré á pedir que nos prestéis vuestra real presencia por una semana. Cuando tengáis en Bohemia á mi esposo, le daré autorización para que permanezca un mes más sobre el plazo fijado para su vuelta. Y sin embargo, Leontes, no te amo un átomo menos que ama á este señor su real consorte. ¿No os quedaréis?

POLÍXENES.—No, señora.

HERMIONA.—Pues os quedaréis.

POLÍXENES.—No puedo en verdad.

HERMIONA.—¡En verdad! Tales protestas son muy débiles para vencer mi resistencia; pero yo, aunque quisierais trastornar los cielos con vuestros juramentos, insistiría. No os vais, no os vais. No os iréis; palabra de *reina*, que vale y puede tanto como la de rey. ¿Porfiáis en iros? Pues me obligáis á guardaros como

mi prisionero, no como mi huésped. De ese modo al tiempo de partir no tendréis que dar las gracias. ¿Qué decís? Ó huésped, ó prisionero. Porque, ya veis que no hay medio de evitarlo: ó lo uno, ó lo otro.

POLÍXENES.—Entonces, señora, seré vuestro huésped: pues pasar por prisionero sería ofenderos; delito mucho más difícil para mí que para vos el castigarlo.

HERMIONA.—No seré, pues, vuestra carcelera, sino vuestra afectuosa amiga. Vamos: hemos de hablar de las travesuras de mi señor y vuestras cuando muchachos. ¡Parece que erais entonces un par de bribones!

POLÍXENES.—Éramos, hermosa reina, dos adolescentes que pensábamos sería siempre el mañana tan feliz como el hoy, y que nuestra felicidad no acabaría nunca.

HERMIONA.—Vamos á ver, ¿no era mi señor el más travieso de los dos?

POLÍXENES.—Éramos como dos corderos gemelos que juntos triscan y juegan al sol; inocentes ambos, ignorábamos que existiese el mal y no imaginábamos que hombre alguno lo practicase. Á haber continuado semejante vida, y no estar nuestro débil ánimo sujeto al influjo de la sangre impetuosa, hubiéramos podido elevar al cielo las manos, diciendo: «Sin mancha».

HERMIONA.—De lo cual infiero que habéis tropezado después.

POLÍXENES.—¡Oh, venerada señora! Desde entonces la tentación ha pesado sobre nosotros; porque en aquellos inexpertos días mi esposa era aún niña; y vuestra preciosa persona no había aparecido todavía á la vista de mi compañero.

HERMIONA.—¡Gracias por el cumplido! Eso es decir casi que vuestra reina y yo hemos hecho oficio de diablos. Pero continuad. Ella y yo responderemos de las culpas que os hayamos hecho cometer, si la primera

fué con nosotras, y luégo no buscasteis otro cómplice.

LEONTES.—¿Está ya vencido?

HERMIONA.—Sí... se queda.

LEONTES.—No quiso hacerlo a petición mía. Nunca, amada Hermiona, empleaste mejor tu elocuencia.

HERMIONA.—¿Nunca?

LEONTES.—Nunca, excepto una vez.

HERMIONA.—¡Qué! ¿Es decir que, en suma, acerté... dos veces? Te ruego que me digas cuál fué la primera. Á vosotros toca abrumarnos de alabanzas y hacernos engordar con ellas como aves de corral. Pasar en silencio una buena acción, mata en germen otras mil. Los aplausos son nuestro salario. Por un beso daremos la vuelta al mundo, cuando el rigor no nos haría mover una pulgada. Pero volvamos al caso. Mi última buena acción fué persuadirle á que se quedara. ¿Y la primera? Sera hermana mayor de la otra, si no os he comprendido mal. Pero, en fin, sepamos, ¿cuándo fué? Estoy impaciente por saberlo.

LEONTES.—Por cierto que fué cuando al fin de tres mortales meses, llegué á hacer que abrieras tu blanca mano y cerraras en ella mi amor. Entonces dijiste: «Tuya soy para siempre.»

HERMIONA.—Afortunada he sido, en verdad. De dos veces que hablé, una gané para siempre real esposo, y la otra un amigo por breves días.

(*Da la mano á Polixenes.*)

LEONTES (*aparte*). — Sí, pero con demasiado ardor, a fe mía. Mezclar las amistades es mezclar las sangres. ¡Tiemblo! me salta el corazón, y no de alegría, no. Esta acogida, en apariencia inocente, puede muy bien ser hija de la confianza y sus obsequios, de la bondad. Sí; estoy seguro de que todo esto puede ser. Pero esto de estrecharse las palmas y entrelazarse los dedos, como veo que lo estan haciendo, y cambiar sonrisas como delante de un espejo, y luégo ponerse a suspi-

rar... No, esto no me place y me hace fruncir el ceño. Mamilio, ¿eres tú, mi hijo?

MAMILIO.—Sí, mi buen señor.

LEONTES.—¿De todas veras? Tú eres mi joya preciosa. ¡Qué! ¿has manchado tu nariz? Dicen que es el facsimile de la mía. Ea, amiguito! límpiate. (*Observando á Polixenes y á Hermiona.*) ¿Todavía coqueteando con la mano en la suya? Dime, dime, hijo mío, eres hijo mío, verdad?

MAMILIO.—Sí; lo soy.

LEONTES.—Para ser enteramente igual á mí te falta una piel más aspera y... algo más. Y eso que dicen que nos parecemos como dos huevos. Cosas de mujeres, que charlan lo que les da la gana. Y aunque sean falsas como el color negro, como los vientos y las aguas; falsas como los dados que quisiera el jugador de mala fe; que este chiquillo se me parece no hay duda. Venid, seor pajecillo! Miradme con esos ojos picarescos, tierno bribonzuelo! ídolo mío! ¿Y será eso posible? ¡Oh imaginación! ¡cómo me hieres en lo más íntimo! tú conviertes en posible lo imposible, en continuo comercio con los sueños. ¿Cómo puede ser esto?... Cohabitas con la nada y en la nada engendras. ¿Por qué, pues, no sera posible que saques fruto de algo?... y lo haces, sin duda... Lo veo, lo experimento en mí, que siento envenenada mi mente con mil cavilaciones.

POLÍXENES.—¿Qué tiene el rey?

HERMIONA.—Parece distraído y perturbado.

POLÍXENES.—Señor ¿qué ocurre? ¿En qué piensa mi mejor hermano?

HERMIONA.—Parece que estáis sufriendo, y conmovido.

LEONTES.—No, no (¡cómo la naturaleza descubre á traición su fragilidad y su ternura, convirtiéndolas en pasatiempo de corazones más duros!); contemplan-

do los perfiles del rostro de mi hijo, parecióme retroceder veintitrés años, y mirarme a mi propio en mi ropilla de terciopelo verde, con mi puñal encadenado para que no pudiera lastimar á su dueño, que los adornos suelen ser peligrosos. ¡Qué parecido era entonces, pensaba yo, á este galopín, este tuño, este caballerito! Dime, hijo, ¿sufrirías una afrenta por dinero?



MAMILIO.— ¡Oh! no... me batiría...

LEONTES.— ¡Cómo! quieres batirte? Ah, hijo mío, Dios te bendiga. Decidme, hermano, ¿tenéis a vuestro joven príncipe tanto cariño como Nos al nuestro?

POLÍXENES.— En casa es él todo mi ejercicio, mi alegría, mi preocupación. Tan pronto es mi amigo jurado como mi enemigo, mi parasito, mi guerrero, hombre de Estado, todo. El hace que un día de julio parezca breve como uno de diciembre; y con su infantil volubilidad, me cura de pensamientos que me enardecerían la sangre.

LEONTES.— Los mismos oficios hace para conmigo este señorito. Juntos vamos á dar ahora un paseo, y a

dejaros en vuestros más gratos entretenimientos. Hermione: mostrad á nuestro hermano en los obsequios que debéis hacerle, todo el afecto que nos profesáis. Prodigadle cuanto de mejor hay en Sicilia; pues, excepto tú y nuestro pequeñuelo, nadie le aventaja en mi corazón.

HERMIONA. — Si deseáis encontrarnos estaremos á vuestras órdenes en el jardín. ¿Os aguardaremos allí?

LEONTES. — Id a donde gustéis, que os hallaríamos aunque fuera al otro lado del cielo. Id! id! (*aparte observando á Hermione.*) Tiendo la caña a vuestra imprudencia, y no veis el anzuelo. ¡Cómo levanta hacia él la cara y labios! y se apoya en su brazo con la seguridad de una esposa en el de su propio marido! Se han ido. Helos ahí, uña y carne, pareja completa, enamorados hasta las cachas. (*Se alejan Polixenes, Hermione y séquito.*) Vé a jugar, niño; vé a jugar. Tu madre juega, y yo juego también; pero es juego el mío tan desgraciado, que su fin me hundira en el sepulcro entre silbidos, y el desprecio y el sarcasmo seran el toque de mis funerales. Vé a jugar, niño; vé a jugar. Ó mucho me equivoco, ó antes de ahora hubo maridos engañados, y no faltan ahora mismo muchos hombres, aun en el instante en que hablo, que llevando del brazo á sus esposas, no sospechan que han sido seducidas en su ausencia, y que el vecino inmediato estuvo pescando en su estanque. No deja de ser algún consuelo que otros tengan puertas que se abren, como la mía, contra mi voluntad: y si todos los casados con esposas desleales hubiesen de desesperarse, la décima parte de la especie humana se colgaría de los arboles. Para este mal no se conoce remedio. Sin duda fué debido al influjo de un astro, que extiende á todas partes su dominio: de oriente a occidente, de norte á sur, inmenso es su poder. En fin, que no hay llave para guardar el honor de una esposa; verdadera plaza, abierta constantemen-

te al enemigo. ¡Cuántos, sin advertirlo, son víctimas de este mal!... ¿Qué tal, muchacho?

MAMILIO.—Dicen que me parezco a vos.

LEONTES.—¿Verdad? Pues ya es algún consuelo. Hola! ¿Camilo aquí?

CAMILO.—Sí, mi buen señor.

LEONTES.—Vé á jugar, Mamilio; eres un hombre honrado. (*Sale Mamilio.*) Camilo, ya sabes que nuestro amigo se queda por unos días.

CAMILO.—Mucho os costó obligarle a que no levase anclas.

LEONTES.—¿Lo habías advertido?

CAMILO.—Sin duda; ví que no quería ceder a vuestros ruegos, pretextando que estaba muy ocupado.

LEONTES.—¿Lo observaste? Con que ya hay quien observa lo que yo, y cuchichea y murmura: «El rey de Sicilia es esto y aquello.» El mal, por lo visto, hizo grandes progresos, antes que yo lo advirtiese. ¿Por qué se habra decidido á quedarse, Camilo?

CAMILO.—Cedió á las súplicas de la buena reina.

LEONTES.—De la reina, sea. Buena, debiera serlo; pero no lo es. ¿Y no observó alguien mas lo ocurrido? Por que tú ves mas que el vulgo de los que me rodean. ¿No lo notaron sino los mas inteligentes? Quizás la multitud no ha permanecido enteramente ciega en este asunto. Habla.

CAMILO.—Señor, todos entienden que el rey de Bohemia permanecera aquí más tiempo,

LEONTES.—¡Hola!

CAMILO.—Permanecerá mas tiempo.

LEONTES.—Sí; pero ¿por qué?

CAMILO.—Por complacer a Vuestra Alteza y corresponder dignamente a la invitación de nuestra muy bondadosa soberana.

LEONTES.—¿Corresponder á la invitación de vuestra soberana? ¿Corresponder? Basta con esto. Fié, Cami-

CUENTO DE INVIERNO

lo, á tu discreción, cuánto más me interesa, así lo relativo á mi afecto, como á los negocios de Estado; descargaba en ti mi pécho, como pudiera con un sacerdote. Separábame de tu lado, como un reformado penitente. Pero hemos sido engañados sobre tu integridad: engañados en lo que parece tal.

CAMILO.—No lo permita el cielo, señor!

LEONTES.—Insisto en ello. No eres honrado; ó si te inclinas acaso á serlo, eres un cobarde, que deserta de la honradez, absteniéndose de practicar la acción debida; ó sino, hay que considerarte muy negligente en los serios cargos que te han sido confiados; ó como un imbécil que ves ejecutarse una intriga en mi propio hogar, con la que se le arrebató su mas preciada joya, y lo tomas todo por inocente juego.

CAMILO.—Mi bondadoso señor: puedo ser negligente, atolondrado y tímido, debilidades de las que ningún hombre se halla exento, y que algunas veces se hacen manifiestas entre las infinitas acciones del mundo. En vuestros negocios, mi aturdimiento habrá sido causa de negligencia; ésta, no permitiéndome pesar bien los fines, puede haberme hecho desempeñar el papel de aturdido; y es timidez que a menudo afecta aun a los más sensatos, la de no practicar aquello que debieran, cuando están inciertos y temerosos del éxito. Fragilidades son éstas, señor, reconocidas como cosa tan natural, que nunca la honradez puede estar libre de ellas. Pero suplico á Vuestra Alteza que sea mas explícito conmigo, y me deje ver claramente mi falta. Si la niego, será, señor, porque realmente no la cometí.

LEONTES.—Has visto, sí, has visto (y no se puede dudar de ello, ó el lente de tus ojos es mas opaco que el de un ciego), has oído (pues en cosa tan visible el público rumor no ha de guardar silencio), has pensado (¿y cómo no lo pensaría cualquiera que tuviese

entendimiento?); sí, has visto, oído y pensado que la reina es infiel. Si lo confiesas y no tienes el descaro de pretender que careces de vista, de oído y de entendimiento, has de convenir en que la reina es una prostituta: que merece tan vil trato como la más vil meretriz: has de decirlo, y has de probarlo.

CAMILO. — Jamás habría permanecido yo donde se difamase á mi soberana señora, sin tomar inmediata venganza del ultraje. Os juro por mi corazón, señor, que nunca habéis hablado palabras menos dignas de vos; y que reiterarlas sería un crimen todavía más grave.

LEONTES. — ¿Será nada el hablarse en baja voz, reclinarse la mejilla del uno en la de la otra? ¿Será nada besarse y cortar la expansión de la risa con un suspiro, infalible gemido de la honradez que sucumbe, y andar guareciéndose en los rincones, y desear que se adelante el reloj y vuelen las horas, los minutos, el día, la media noche? ¿Y los ojos de todos están ciegos, y sólo ven los de ellos, los de ellos solos, que inobservados buscan la maldad? ¿Es nada todo esto? Pues entonces el mundo entero y cuanto hay en él es nada: nada el firmamento, nada Bohemia, nada mi esposa, y en suma, no hay sino una gran nada que contiene todas estas nada.

CAMILO. — ¡Oh buen señor mío! Curaos de esta enfermedad opinión, y hacedlo con tiempo, porque es de las más peligrosas.

LEONTES. — Sí, peligrosa, pero verdad.

CAMILO. — No, no, mi señor.

LEONTES. — Sí, lo es. Mientes, mientes. Digo que mientes, Camilo, y te aborrezco. Confiesa que no eres más que un imbécil esclavo; ó si no, un intrigante contemporizador que ve el bien y el mal, y se inclina a ambos. Si mi esposa tuviera el cuerpo tan infestado como el alma, apenas viviría lo que tarda en caer un grano en el reloj de arena.

CAMILO.—¿ Pero quién la infesta ?

LEONTES.—¿ Pues quién ha de ser sino el que la lleva siempre colgada al cuello como una medalla ? ¿ Quién ha de ser sino el rey de Bohemia ? Y á tener yo á mi lado servidores dignos de este nombre, cuyos ojos se fijasen en mi honra tanto como se fijan en su propio provecho, ellos impidieran lo que está ocurriendo. Y tú, su copero, á quien yo he elevado desde la más humilde oscuridad á los puestos más venerados: tú que has podido ver, tan claramente como ve el cielo la tierra, que soy engañado, tú podrías prepararle su copa de manera que diese la muerte á mi enemigo, lo cual sería para mí el mejor cordial.

CAMILO.—Señor y soberano mío: yo podría hacerlo, y no con tósigo violento; sino con discreta bebida imperceptible en su acción. Pero no puedo resignarme á creer que exista semejante mancha en la honra de mi venerada soberana.

LEONTES.—Pon en duda lo que digo y vete en mal hora. ¿ Tan profunda será mi calda en el fango, que me designe á mi propio para exhibir semejante humillación ? ¿ Que manche la pureza de mi lecho, sin la cual el sueño es el tormento del que yace sobre espinas ? ¿ Piensas que yo, sin madura causa, atraería el escándalo sobre la sangre de mi hijo, á quien tengo y amo por tal ? ¿ Lo haría yo jamás ? ¿ Habría hombre que lo hiciera ?

CAMILO.—Debo creeros, señor, y os creo. Por ello despacharé al de Bohemia, siempre que Vuestra Alteza vuelva á tomar su reina como antes, así fuera sólo por consideración al joven príncipe vuestro hijo. De ese modo se impedirán comentarios injuriosos en cortes y reinos que son aliados vuestros.

LEONTES.—Lo que me aconsejas es precisamente lo que yo había resuelto hacer. No: no haré caer sombra alguna sobre su honor.

CAMILO.—Podéis ir, mi señor, y estar en compañía del rey de Bohemia y de vuestra reina, con tan sereno semblante como suele ostentarlo la amistad en una fiesta. Soy su copero; y no me tengais mas por vuestro servidor, si no le propino una bebida eficaz.



LEONTES.—Eso es todo. Hazlo, y habras ganado la mitad de mi corazón. No lo hagas, y habras hecho pedazos el tuyo.

CAMILO.—Lo haré, señor.

LEONTES —Aparentaré amistad, como me has aconsejado. *(Sale.)*

CAMILO.—¡Oh infeliz señora! Pero en cuanto a mi ¿en qué situación me encuentro? He de ser el envenenador del buen Polixenes; y para serlo no tengo mas fundamento que la obediencia a mi señor · quien, en guerra consigo mismo, quisiera que todos le imitaran. Á la ejecución de ese acto sigue la recompensa. Aun-

que hubiera ejemplo de miles que debieran á este crimen su fortuna, jamás, jamás lo cometeré. Y pues no hay un solo ejemplo recordado en bronce ni piedra ni pergamino, quede burlada la villanía. Es necesario que abandone la corte. Hagalo ó no, es ciertamente para mí cuestión de muerte. Brilla ¡oh buena estrella mía! He aquí al rey de Bohemia. (*Entra Polixenes*).

POLIXENES.—¡Qué extraño es esto! Parece que mi favor principia a declinar. ¡No hablarme! Buenos días, Camilo.

CAMILO.—¡Salud, señor!

POLIXENES.—¿Qué nuevas hay en la Corte?

CAMILO.—Ninguna extraordinaria, señor.

POLIXENES.—Tenía el rey un aspecto tal, que no parecía sino que hubiese perdido alguna provincia ó región, que amara tanto como á sí mismo. Hace apenas un momento me acerqué a él con la cortesía habitual; mas él apartando la vista, y con un gesto de gran desprecio se alejó presuroso de mí, dejándome en la perplejidad sobre lo que puede motivar semejante cambio en sus maneras.

CAMILO.—No me atrevo a saberlo, señor.

POLIXENES.—¡Cómo! ¿no atreverse a saberlo? ¿Lo sabéis y no os atrevéis a confiármelo? Porque en lo que a vos respecta, sabiéndolo, habéis de decirlo, y no responder que no os atrevéis. Buen Camilo, la alteración de vuestra fisonomía es para mí un espejo, que me hace ver demudada la mía también. Sin duda debo ser parte en estas mudanzas, para experimentarlas en mí.

CAMILO.—Hay una enfermedad que suele afectar a algunos de nosotros; pero no puedo nombrarla; y el contagio lo habéis traído vos que estais sano.

POLIXENES.—¡Cómo! ¿que la traje yo? No me asemejéis al basilisco; pues he mirado a miles que se han sentido mejor por mis miradas, y jamás murió

ninguno á causa de ellas. Camilo; ya que ciertamente sois un caballero, habituado además á los negocios, y que tanto sois adorno de nuestro pueblo como los ilustres nombres de nuestros padres, os ruego que si sabéis algo que me importe, no me dejéis con vuestro silencio en la ignorancia.

CAMILO.—No puedo.

POLÍXENES.—¿Una enfermedad recibida de mí, y sin embargo estoy sano? Es necesario responderme. ¿Oyes, Camilo? Te conjuro por cuanto cabe de honroso en un hombre (y no es la menor parte de ello el que yo te ruegue), que me digas cual accidente es el que a tu juicio me amenaza con algún mal: si esta distante ó próximo, cómo puedo evitarlo, si es posible, y si no, cuál sea el mejor medio de sobrellevarlo.

CAMILO.—Os lo diré, señor, pues apelais á mi honor, vos á quien creo honrado. Atended á mi consejo, el cual debe ser seguido en el instante mismo de haberlo pronunciado; de lo contrario vos y yo podemos darnos por perdidos sin remisión.

POLÍXENES.—Prosigue, buen Camilo.

CAMILO.—El rey me ha encargado que os asesine.

POLÍXENES.—¿Quién?

CAMILO.—El rey.

POLÍXENES.—¿Por qué?

CAMILO.—Él piensa, y aun lo jura con entera confianza, como si lo hubiera visto, que le habéis engañado secreta y criminalmente con su esposa.

POLÍXENES.—¡Oh! Si tal fuera, debería toda mi sangre tornarse infecta masa, y mi nombre igualarse al de aquel que hizo traición al Justo! Conviértase lo más puro de mi reputación en un vapor ofensivo y pestilente; y mi presencia debería ser evitada y aborrecida como el peor contagio.

CAMILO.—Así juréis por cada estrella del firmamento y por todas sus influencias, más fácil os ha de ser im-

pedir á la marea obedecer á la luna, que destruir ni conmovier la fábrica de su locura, levantada sobre su fe, y en la cual descansa hoy todo su sér.

POLÍXENES.—¿ Pero cómo pudo concebir esta idea ?

CAMILO.—Lo ignoro ; pero estoy seguro de que vale mucho más evitar el peligro presente que averiguar su origen. Si os inspira confianza mi honradez, partamos esta noche. Yo informaré sigilosamente del asunto á vuestro séquito, y haré que se alejen de la ciudad de dos en dos y de tres en tres. En cuanto á mí, pongo á vuestro servicio mis fuerzas, perdidas ya aquí por esta revelación. No vaciléis; os juro por la honra de mis padres que os he dicho la verdad. Si tratáis de comprobarla, no me atreveré á sostenerla; ni por eso estaríais en menos peligro que el condenado por boca del rey mismo, pronto á ejecutarlo.

POLÍXENES.—Te creo. He visto en su semblante su corazón. Dame tu mano. Guíame, y estarás siempre á mi lado. Prestas las naves, mi pueblo esperaba que yo hubiese partido desde hace dos días. Estos celos son por una preciosa criatura ; deben ser grandes, cuanto ella extraordinaria ; su violencia estará en proporción del poder de quien los siente; y por lo mismo que él se cree deshonrado por quien se decía su mejor amigo, la venganza tiene que ser doblemente acerba. Temo lo que pueda suceder, y debo buscar en la ausencia protección para mí y descanso para la bondadosa reina, motivo de la locura, pero no de la sospecha en mal hora concebida ! Marchemos, Camilo, que si sacas de aquí mi vida en salvo, he de respetarte como á un padre. Vamos.

CAMILO.—Es parte de mi autoridad disponer de las llaves de todas las puertas. Quiera Vuestra Alteza aprovechar los instantes. Salid, señor. *(Salen.)*



ACTO II.

ESCENA I.

Sicilia.—Salon en el palacio real.

Entran HERMIONA, MAMILIO y señoras.

HERMIONA.

TOMAD al niño. Esta insoportable.

1.^a SEÑORA.—Venid, hermoso señor mio. ¿Queréis jugar conmigo?

MAMILIO.—No; no quiero.

1.^a SEÑORA.—¿Por que, señor?

MAMILIO.—Me besais demasiado, y me habláis como si todavía fuera yo un niño de pechos. Mas os quiero a vos.

2.^a SEÑORA.—¿Y por qué, mi buen señor?

MAMILIO.—No porque tengais las cejas mas negras, aunque dicen que sientan mejor a algunas mujeres, con tal que no sean muy vellosas, y sí como un semicírculo ó media luna trazada con una pluma.

2.ª SEÑORA.—¿Quién os ha enseñado eso?

MAMILIO.—Las mismas caras de las mujeres. Decidme ahora: ¿de qué color son vuestras cejas?

1.ª SEÑORA.—Azules, señorito.

MAMILIO.—No; eso es broma. Azul tenía una señora la nariz; pero las cejas, nunca.

2.ª SEÑORA.—Oídmeme... La reina vuestra madre va engrosando; y uno de estos días hemos de presentar nuestros servicios a un nuevo y hermoso príncipe. Entonces, os querellaréis con nosotras por que os mimemos.

1.ª SEÑORA.—En efecto, estos últimos días está más gruesa. Dios quiera concederle un feliz alumbramiento.

HERMIONA.—¿Qué buena idea os ocupa? Ven, muchacho. Me tienes otra vez dispuesta. Ea! sentaos, y dime algún cuento.

MAMILIO.—¿Cómo le queréis: alegre ó triste?

HERMIONA.—Todo lo alegre que quieras.

MAMILIO.—Un cuento triste es mejor para el invierno. Uno sé de fantasmas y duendes.

HERMIONA.—Pues ese. Vamos, sentaos, venid, y á ver si puedes asustarme con tus apariciones; posees en alto grado este maravilloso dón.

MAMILIO.—Érase un hombre...

HERMIONA.—Ven, siéntate... Continúa.

MAMILIO.—Que habitaba junto a la cerca de la iglesia. Lo diré en voz baja, como un suspiro que apenas se oye.

HERMIONA.—Acércate, pues, y dimelo al oído.

(*Entran Leontes, Antigono, señores y séquito.*)

LEONTES.—¿Se le encontró allí? ¿Y con su séquito? ¿Y á Camilo con él?

1.º SEÑOR.—Los encontré detrás del bosquecillo de pinos. Jamas vi a nadie andar más de prisa. Los seguí con la vista hasta que se embarcaron.

LEONTES.—¡Qué bendición el ver cuán justa era mi

censura y cuán fundada mi sospecha! ¡Ay! ¡Cuánto habría dado por ver menos clara la verdad! ¡Y cuán desgraciado me hace esta triste ventaja! Cae una araña en el vaso, y bebemos, y su veneno no llega á afectar-nos, porque la mente está exenta de recelo; pero si alguien nos advierte el odioso accidente, ¡qué violentas contracciones nos sobrecogen! Yo he bebido y he visto la araña. Camilo ha sido en esto su auxiliar, su cómplice. Sin duda algo traman contra mí vida y mi corona. Cuánto sospechaba resultó cierto... Ese falso y villano á quien yo empleaba, estaba de antemano comprado por él. Ha descubierto y revelado mi intento, y heme aquí ahora objeto de burla y escarnio. Se divierten á sus bromas á expensas mías. ¿Cómo pudieron franquear tan fácilmente las puertas?

1.^{er} SEÑOR.—Por su grande autoridad, que había alcanzado obediencia en otras ocasiones, según mandato vuestro.

LEONTES.—Demasiado lo sé. Entregadme ese niño. Me alegro de que no haya sido amamantado por vos. Aunque se me parece un poco, algo tiene también de su madre.

HERMIONA.—¿Qué significa esto? ¿Será una chanza?

LEONTES.—Llevad de aquí al niño, y que no vuelva a acercársele. Llevadle al punto. Consuélese con el hijo de Políxenes.

HERMIONA.—¡Cómo!... ¿Qué estáis diciendo? Basta que yo diga que no es verdad, para que vos me creais.

LEONTES.—Miradla, señores; fijaos bien en ella, y cuando estéis a punto de decir «¡qué hermosa princesa!», la justicia de vuestros corazones no podrá menos que añadir: «¡lástima que no sea honrada!» Podréis elogiar su belleza (digna ciertamente de elogio); pero las exclamaciones de recelo y menosprecio—¡oh, apenas puedo decirlo!—os asaltarán de todos lados antes de confesar que es honrada. Pero sépase de boca de

quien mas sufre la ofensa ; esta mujer es adúltera.

HERMIONA —Si esto lo dijera un villano, el más infame, se cubriría de oprobio todavía. Lo decís vos... y no hacéis más que engañaros.



LFONTES.—Habéis equivocado, señora mía, á Polixenes por Leontes. Y no te doy el nombre que mereces por no dar a la multitud un ejemplo que serviría mas tarde para confundir en un mismo nivel á principes y villanos He dicho que es adúltera; y he dicho con quién. Pero hay más. Es traidora, y Camilo es su cómplice. Y tanto a su vil amante como á éste, ha favorecido en su fuga.

HERMIONA.—¡ Ah, no! lo juro por mi vida. Ninguna parte he tenido en lo uno ni en lo otro. Cuando la verdad se haya abierto paso ¡ cuánto os afligirá haberme

afrontado públicamente ! ¡ Ah, señor ! Dificilmente podréis hacerme justicia entonces diciendo que os habíais equivocado !

LEONTES.—No. Si me engañan las pruebas en que me fundo, los mismos cimientos del universo seran tan débiles, que apenas puedan soportar un juguete infantil. Llevadla á la cárcel. Quien se atreva a interceder por ella se hará culpable de traición con sólo despegar los labios.

HERMIONA.—Alguna estrella aciaga preside hoy nuestro destino. Aguardaré con paciencia a que el cielo tome más favorable aspecto. Dignos señores : no soy inclinada al llanto, como suelen las de mi sexo ; acaso la ausencia de inútiles lagrimas amortigüe vuestra piedad. Pero me martiriza en el fondo del corazón el dolor de la injuria, y enciende en él tan vivos fuegos, que no lo apagarían mis lagrimas. Os ruego, señores, que me juzguéis según os dicten los pensamientos que vuestra mayor caridad inspire, y con ello, cúmplase la voluntad del rey.

LEONTES (*á los guardias.*)—¿ Me habéis oído ?

HERMIONA.—¿ Quién debe venir conmigo ? Suplico a Vuestra Alteza que me acompañen mis damas, pues así lo requiere mi estado. No lloréis, pobres tontuelas, que no hay motivo para ello. Guardad vuestro llanto para cuando sepáis que vuestra señora mereció este castigo. Lo que ahora pasa es para mi mayor justificación. Adiós, mi señor. Jamás os deseé el menor pesar ; temo que lo sintais bien pronto. Venid, señoras ; tenéis licencia para ello.

(*Salen la reina y damas.*)

LEONTES.—¡ Salid ! Ejecutad mis órdenes.

I.º SEÑOR.—Ruego a Vuestra Alteza que vuelva á llamar á la reina.

ANTIGONO.—Meditad lo que hacéis, señor ; no sea que vuestra justicia degeneren en tiranía. Tres perso-

nas saldrían entonces perjudicadas: vos, la reina, y vuestro hijo.

1.^{er} SEÑOR.—De ella, señor, respondo con mi vida siempre que queráis. Dignáos aceptarla en testimonio de que la reina se halla limpia de toda mancha á los ojos del cielo, é inocente del crimen de que la acusáis.

ANTÍGONO.—Si no es inocente, juro convertirme en vigilante eterno de mi esposa; no saldría sino con ella, donde pudiera verla y tocarla, pues ya no podría confiar en su virtud; porque si la reina es falsa, no hay, sobre el haz de la tierra, mujer alguna que no lo sea.

LEONTES.—Cesad en vuestros ruegos.

1.^{er} SEÑOR.—Señor...

ANTÍGONO.—Si hablamos, es por vos, no por nosotros. Estáis alucinado, sin duda por algún intrigante que ha de condenarse por ello; á saber yo quién es, ya le condenaría yo por mi propia mano. Si llegase á dudar de la honestidad de la reina... tres hijas tengo, de once años la mayor y nueve la segunda, y cinco la menor... Las prefiero muertas antes de los catorce, á verlas madres de hijos bastardos.

LEONTES.—Basta. Mostráis en este asunto tan fría indignación, como los órganos de un difunto; pero yo, yo la siento, como sentiríais vosotros una bofetada.

ANTÍGONO.—Pues si es así, no hay que buscar sepulcro donde enterrar la honradez; porque no existe ya ni sólo un átomo de ella que endulce nuestra odiosa vida.

LEONTES.—¡Qué! ¿Dudáis de mi palabra?

1.^{er} SEÑOR.—Señor: en tal asunto prefiero dudar de vuestra palabra que de la mía; y me placería mucho más que resplandeciese la verdad de su honra que la de vuestra sospecha, por mucho que hubiéseis de ser censurado por ello.

LEONTES.—Pero ¿qué necesidad tengo de daros en esto participación alguna? ¿Ni qué necesito hacer sino seguir la fuerza de mi propia voluntad? Nuestra prerrogativa no requiere vuestros consejos, y sólo por natural bondad os hemos hablado de ello. Y si aturdidos por la sorpresa, ó astutamente aparentando estarlo, no reconocéis la verdad como yo, tened sabido que no necesito vuestros consejos. El asunto, y lo que con él se pierda ó se gane, y la disposición de todo lo relativo á él, nos conciernen exclusivamente.

ANTIGONO.—¡Y ojalá, mi señor, lo resolviérais en el silencio de vuestro propio juicio, sin más explicación!

LEONTES.—¿Y cómo era posible? Ó la edad te ha vuelto ignorante, ó eres imbécil de nacimiento. Este proceder ha sido necesario á causa de la fuga de Camilo, añadida á la familiaridad de los otros dos culpables: familiaridad tan evidente como la que jamás haya dado fundamento á la conjetura, y á la cual sólo falta el testimonio de la vista, pues tiene en su apoyo el concurso de todas las demás circunstancias. Sin embargo, para mayor confirmación (porque en acto de tanta importancia no se ha de proceder temerariamente) he enviado á Cleómenes y á Dión al sagrado Delfos, al templo de Apolo. Conocéis la probada calidad de los dos; y ellos me traerán la respuesta del oráculo, cuyo consejo espiritual me hará proseguir ó detenerme en este camino. ¿Qué os parece?

I.^{er} SEÑOR.—Perfectamente, señor.

LEONTES.—Aun cuando estoy satisfecho y me basta lo que sé, el oráculo servirá para evitar la muerte de otros; como los que por ignorante credulidad se resisten á la evidencia. Así, hemos tenido á bien confinarla, para que no pueda llevar á cabo la traición urdida por los dos fugitivos. Venid y seguidnos, que tenemos de hablar en público; pues este es asunto que nos pondrá en movimiento á todos.

ANTIGONO (*aparte*).—Para acabar riendo seguramente, luego que se sepa la verdad. (*Salen.*)

ESCENA II.

Sicilia.—La antesala de una cárcel.

Entran PAULINA y séquito.

PAULINA.—Llamad al carcelero. (*Sale uno del séquito.*) Decidle quien soy. ¡Digna señora! ¿Qué haces en una prisión, tú á quien no bastaría la mejor corte de Europa? (*Vuelve á entrar el criado con el carcelero.*) Y bien, señor mío: me conocéis ¿no es así?

CARCELERO.—Sé que sois una digna matrona á quien profeso el mayor respeto.

PAULINA.—Tened, pues, la bondad de conducirme á presencia de la reina.

CARCELERO.—No puedo, señora, porque lo tengo prohibido.

PAULINA.—Mucho se afanan en impedir que la virtud y el honor encarcelados no reciban la visita de las personas dignas. ¿Podré ver, al menos, a las damas de la reina? ¿Á Emilia?

CARCELERO.—Si os dignais, señora, hacer que se retire vuestro séquito, haré venir á Emilia.

PAULINA.—Os ruego que la llaméis. (*A su séquito.*) Retiráos. (*Salen las personas del séquito.*)

CARCELERO.—Y es preciso, señora, que yo presencie vuestra conferencia.

PAULINA.—Bien: sea. Mucho empeño ponen en que parezca manchado lo que no tiene mancha alguna. (*Sale el carcelero y vuelve con Emilia.*) ¿Cómo está nuestra digna señora, querida Emilia?

EMILIA.—Tan bien como es posible en persona tan grande y desventurada. Sus alarmas y sus penas

(que jamás fueron mayores en una señora sensible y delicada) precipitaron su alumbramiento.

PAULINA.—¿Parió niño?

EMILIA.—No, una niña: muy robusta y hermosa y que vivirá, según parece. La reina goza en ella un gran consuelo, y suele decirle: «¡Pobre prisionera mía: soy tan inocente como tú!»

PAULINA.—Así lo juraría yo. Estos arranques de locura del rey son peligrosos, y es necesario que así se lo digan, y se lo dirán. La tarea corresponde mejor á una mujer, y yo la tomo sobre mí; y que se me queme la lengua y no me vuelva á servir jamás para expresar mi indignación, si he de emplear frases melosas en este caso. Os ruego, Emilia, que hagáis presente á la reina el homenaje de mi mayor obediencia. Si se atreve a confiarme su tierna criatura, la presentaré al rey y abogaré por ella con cuanta fuerza me sea posible. No sabemos hasta qué punto pueda suavizarlo la vista de la niña; pues á menudo el silencio de la inocencia llega a persuadir cuando no basta la palabra.

EMILIA.—Dignísima señora: vuestro decoro y bondad son tan evidentes, que esta espontánea empresa no puede menos que tener un éxito feliz; ni hay en el mundo persona alguna más adecuada á ese gran propósito. Si os dignais pasar á la habitación inmediata, yo iré á informar á la reina de tan noble oferta. Hoy estaba pensando en este designio; pero no se atrevía á encargarlo á nadie por temor de una negativa.

PAULINA.—Decidle, Emilia, que usaré de mi elocuencia como pueda; y que si esta fuere tanta como mi resolución, no hay duda que algo conseguiré.

EMILIA.—¡Que el cielo os bendiga por ello! Voy á ver a la reina. Dignaos acercaros.

CARCELERO.—Señora: si la reina consiente en enviar á la niña, ignoro á lo que me expongo dejándola salir sin tener orden para ello.

PAULINA.—Nada tenéis que temer. La niña era prisionera en el seno de la madre; y por ley y acción de la naturaleza ha sido libertada. Ni es partícipe en la cólera del rey, ni culpable de faltas de la reina, si es que existiere alguna.

CARCELERO.—También lo creo así.

PAULINA.—No temáis. Os prometo por mi honor, interponerme entre vos y cualquier peligro que os amenace. *(Salen.)*

ESCENA III.

Habitación en el palacio.

Entran LEONTES, ANTÍGONO, señores y séquito.

LEONTES.—Ni de día ni de noche encuentro reposo. Soportar esto más tiempo no es sino debilidad. Aquel rey farsante está fuera del alcance de mi brazo, y á cubierto de todo plan y astucia de mi cerebro. Pero á ella, á la adúltera, la tengo en mi mano. Si ya hubiera desaparecido, consumida en el fuego, yo recobraría la mitad de mi reposo. ¿Quién hay allí?

1.^o CRIADO *(avanzando)*.—¿ Señor?

LEONTES.—¿ Cómo se siente el niño?

1.^o CRIADO.—Descansó bien anoche. Se cree que su enfermedad ya no ofrece peligro.

LEONTES.—¡ Cuánta nobleza la suya! Comprendiendo el deshonor de su madre, se abatió inmediatamente, víctima de la mas profunda tristeza: perdió la animación, rehusó el alimento, le faltó el sueño, y ha ido desfalleciendo de día en día. Vé á saber cómo sigue. *(Sale el criado.)* ¡ Bah! ¡ bah! No hay que pensar en él. La idea de mi venganza me absorbe por completo. Mientras llega la hora de vengarme de Polixenes, haré poderoso por sí y por sus aliados, saciaré mi encono



LEONTES. — *Echadla de aquí.*



en ella. Camilo y Polixenes se ríen de mí. No se reirían, ni tomarían á chanza mi congoja, si estuvieran al alcance de mi mano, pero al menos no se reirá ella á quien tengo en mi poder.

(*Entra Paulina con la niña.*)

1.^o SEÑOR.—No podéis entrar.

PAULINA.—Ayudadme, señores: ¿ Teméis más su pasión tiránica, que el peligro de la vida de la reina? Alma inocente y benigna, más inocente que el celoso.

ANTÍGONO.—Basta.

1.^o CRIADO.—Señora: no ha dormido anoche y ha ordenado que no se dé audiencia a nadie.

PAULINA.—¡ Ah! no mostréis semejante celo. Vengo a traerle el sueño. Á gentes como vos, que os deslizáis junto á él á manera de sombras, y suspiráis cuando él da inútiles suspiros, debe su insomnio. Yo vengo con palabras honradas y veraces á disipar ese humor que le ahuyenta el sueño.

LEONTES.—¡ Eh! ¿ Qué ruido es ese?

PAULINA.—Nada, señor; que solicito de vuestra Alteza audiencia, para tratar del bautizo de vuestro hijo.

LEONTES.—¿ Cómo? Echad de aquí á esta señora. Antígono: os mandé que no la permitiérais llegarse aquí. Ya sabía yo que lo haría.

ANTÍGONO.—Le había intimado, señor, so pena de vuestro desagrado y del mio, que no viniera.

LEONTES.—¡ Qué! y no puedes imponer tu autoridad?

PAULINA.—Sí, en lo que es honroso. En esto, á no ser que como vos, oprima á quien proceda honradamente, no puede gobernarme.

ANTÍGONO.—¿ Lo oís? Cuando se lanza una vez, no hay modo de contenerla.

PAULINA.—Mi buen soberano; os suplico que me escuchéis; pues me precio de ser fiel servidora vuestra, vuestro médico y más obediente consejero, aun-

que al aliviar vuestros males me atreva á parecerlo menos que los que os rodean; vengo de parte de vuestra honrada reina.

LEONTES.—¡Honrada reina!

PAULINA.—Sí señor; honrada reina. Y á ser yo hombre, siquiera el último de los que están con vos, probaría con las armas en la mano, que es honrada.

LEONTES.—¡Echadla de aquí!

PAULINA.—Al primero que me toque le arrancaré los ojos. Me iré, pero por mí misma. Antes he de cumplir mi encargo. La buena reina, porque es buena, os ha dado una hija y la encomienda a vuestra bendición. Hela aquí.

(*Depone á la niña.*)

LEONTES.—¡Fuera! ¡Echad á esta bruja fuera de las puertas! Es una alcahueta.

PAULINA.—¡Ah! no. Ignoro tan vil oficio. Y mi honradez es tanta como vuestra locura; lo cual, al paso á que va el mundo, es suficiente para pasar por honrada.

LEONTES.—¡Traidores! ¿Y no la arrojais de aquí? ¡Que se lleve á la bastarda! (*A Antígono.*) Á ver, tú, imbécil que te dejas gobernar por tu mujer ¡ea! levanta a la bastarda: levántala, digo, y entrégasela.

PAULINA.—¡Malditas para siempre tus manos si levantas a la princesa obedeciendo al impulso de servilismo que se te quiere imponer!

LEONTES.—¡Teme á su mujer!

PAULINA.—Ojala sucediera lo mismo con vos; que entonces no habría duda de que llamaríais propios a vuestros hijos.

LEONTES.—¡Raza de traidores!

ANTÍGONO.—Os juro que no lo soy.

PAULINA.—Ni yo, ni cuantos estamos aquí, excepto uno solo; y ese es el mismo que hace traición á su propio sagrado honor, al de la reina, al de su hijo tan lleno de esperanzas, y al de su hija recién nacida y les

entrega á la difamación y al escándalo, cuyas heridas son más terribles que las de la espada, ese es quien no puede desarraigar de su alma una opinión injusta y humillante.

LEONTES.—Embustera deslenguada, que acaba de intimidar á su esposo y ahora aúlla contra mí. Ese cachorro no tiene sangre mía y es de la raza de Polixenes; llevadla fuera, y echadla al fuego junto con su madre!

PAULINA.—Vuestra es, sí; y oportuno sería ahora repetir el antiguo proverbio; tan parecida á vos, que es desgracia para ella. Porque, mirad, señores, aunque en diminuto tamaño, toda la estampa y copia del padre: ojos, nariz, labios, cejas y frente, y hasta los hoyuelos de las mejillas y barba, y el molde y configuración de la mano y de los dedos; todo, todo. Y tú ¡buena diosa naturaleza! que la has hecho tan igual al que la engendró, si también está en tu poder el ordenar las cualidades de la mente, de todos los colores quita el amarillo de los celos; no sea que ella venga á sospechar, como lo hace él, que sus hijos no sean de su esposo!

LEONTES.—¡Bruja!... ¿Qué haces, imbécil, que no la mandas callar? Mereces la horca!

ANTÍGONO.—Ahorcad, señor, a todos los maridos que no pueden enfrenar la lengua de sus mujeres, y os quedaréis sin vasallos.

LEONTES.—Por última vez, llevadla fuera!

PAULINA.—No podría hacer más el más indigno y desnaturalizado padre.

LEONTES.—Te condenaré a la hoguera!

PAULINA.—No me importa. No es hereje quien perece en el fuego, sino quien lo enciende. No os llamaré tirano; pero este modo tan cruel de tratar á la reina (cuando no podéis lanzar contra ella más acusación que vuestras débiles cavilaciones) es tiranía, y os convertirá en objeto de escándalo para el mundo entero.

LEONTES.—Por vuestro juramento de fidelidad y obediencia, echadla del aposento! Si fuera yo un tirano ¿qué sería de su vida? Y á fe que á ser yo tal, no se habría ella atrevido a darme ese nombre. Ea! ¡Fuera con ella!

PAULINA.—No me empujéis, os lo ruego. Me iré. Tended una mirada á vuestra hija, mi señor; es vuestra. Quiera Júpiter enviarle por guía un espíritu mejor. De todos vosotros que tan complacientes sois con sus locuras, no hay uno, no, ni uno siquiera capaz de hacerle un beneficio. Y con esto, adiós. *(Sale.)*

LEONTES.—Tú, traidor, impulsaste á tu esposa a esta escandalosa escena. ¿Hija mía? ¡Fuera de mi vista! Y tú mismo, ya que te muestras tan blando de corazón para ella, tú mismo has de llevártela y hacer que el fuego la consuma. Levántala al instante. Te doy una hora de plazo para que me avises quedar cumplida esta orden, y lo pruebes con suficiente testimonio. Si rehusas y desafías mi cólera, dilo. Y con mis propias manos haré saltar los sesos de la bastarda. Derecho con ella al fuego; porque tú has instigado á tu mujer.

ANTÍGONO.—No es así, señor; y todos estos señores, mis nobles compañeros, pueden atestiguarlo.

1.^o SEÑOR.—Sí, lo podemos. No es culpable, señor, de la venida de su esposa.

LEONTES.—Todos sois unos embusteros.

1.^o SEÑOR.—Suplico a Vuestra Alteza que nos dé mejor crédito. Os hemos servido siempre con lealtad; y os imploramos ahora de rodillas, en recompensa de los servicios pasados y por venir, que revoquéis vuestro intento sanguinario y horrible que quizás conduzca a algún funesto resultado. Os lo rogamos prosternados.

LEONTES.—¿Tengo que ser como una pluma para cada viento que sopla? ¿Habré de vivir para ver a esta bastarda arrodillarse y llamarme padre? Mejor que maldecirla entonces es quemarla ahora. Pero, sea; que

viva. (*A Antígono.*) Acercaos aquí, señor mío. Vos que habéis sido tan tiernamente solícito junto con vuestra esposa, para salvar la vida de esa bastarda—porque bastarda es, tan cierto como que estas barbas encanecen—¿qué queréis arriesgar para salvar la vida de esa chicuela?

ANTÍGONO.—Todo, señor, todo lo que me sea posible y la nobleza consienta. Á lo menos, comprometo por salvar á esta inocente, la poca sangre que me queda, y cuanto me sea posible.

LEONTES.—Pues será posible. Jura por esta espada, que obedecerás mis órdenes.

ANTÍGONO.—Lo juro, señor.

LEONTES.—Atiende bien y cumple, ¿oyes? porque si faltas en un solo punto será tu muerte segura y no sólo la tuya, sino la de esa deslenguada de tu esposa á quien por ahora perdonamos. Te intimamos, en nombre de la obediencia que como vasallo nos debes, que lleves de aquí a la bastarda a algún sitio desierto y remoto, lejos de nuestros dominios; y una vez allí la dejes sin más conmiseración entregada al favor del clima. Y pues ha venido a Nos por tan extraño modo en justicia te impongo, so pena del peligro de tu alma y de la tortura de tu cuerpo, que la dejes en algún punto donde el acaso pueda ó ampararla ó destruirla. Llévatela.

ANTÍGONO.—Juro hacerlo así, aunque una muerte inmediata habría sido más misericordiosa. Ven, pobre criatura. ¡Que algún poderoso espíritu enseñe a los buitres y a los cuervos á servirte de nodriza! Dicen que los lobos y los osos, apartándose de su índole salvaje, han hecho alguna vez oficios de piedad. Señor, que la prosperidad os favorezca en más de lo que merece este acto. Y á ti, pobre pequeñuela desvalida, acompáñete la bendición del cielo y luche con esta crueldad y evite tu pérdida! (*Sale con la niña.*)

LEONTES.—No ; no cobijaré la prole agena.

CRIADO.—Con la venia de Vuestra Alteza ; hace una hora han llegado mensajeros de los enviados que fueron al oráculo. Cleómenes y Dión, vueltos felizmente de Delfos, han desembarcado y apresuran su marcha hacia esta corte.

1.^o SEÑOR.—Dignaos notar, señor, que su rapidez ha excedido á todo calculo.

LEONTES.—Han estado ausentes veintitrés días ; es viaje rápido. Esto anuncia que el gran Apolo quiere descubrirnos súbitamente la verdad. Preparaos, señores. Convocad á sesión para que se juzgue á nuestra desleal esposa ; pues habiendo sido acusada públicamente, ha de tener un juicio imparcial y público. Mientras ella viva, mi corazón me será una carga. Dejadme, y tened presente mi mandato. *(Salen.)*





ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Calle de una ciudad.

Entran CLEÓMENES y DIÓN.

CLEÓMENES.

EL clima es delicioso; el aire sumamente suave; fértil la isla, y el templo de todo punto superior á las alabanzas que comunmente se hacen de él.

DIÓN.—Por mi parte manifestaré, que me impresionaron en extremo los celestes ornamentos (creo que bien puedo calificarlos así) y la venerable majestad de los sacerdotes. ¡Oh! ¡y el sacrificio! ¡Cuán ceremoniosa, solemne, y superior a las cosas terrenas fué la invocación!

CLEÓMENES.—Pero sobre todo, la explosión de la atronadora voz del oráculo, semejante al trueno de Júpiter, embargó de tal modo mis sentidos, que entonces comprendí mi propia nada.

DIÓN.—Si el éxito de la jornada es tan favorable á la reina (quíeranlo así los dioses), como lo ha sido á nosotros por lo rápida y agradable, por cierto que vale la pena de emplear en ello el tiempo.

CLEÓMENES.—¡Oh gran Apolo! Haz que todo sea para bien! No me parecen muy puestas en orden las públicas proclamas y el violento proceder que se usa con Hermiona.

DIÓN.—Este mismo rigor será parte á aclarar el asunto, ó le pondrá fin. Cuando el oráculo (sellado por mano del gran sacerdote de Apolo) revele lo que hay, creo que algo raro se pondrá de manifiesto. Pero vamos, tomemos otros caballos, y que el éxito sea feliz. (Salen.)

ESCENA II.

Sicilia.—Tribunal de justicia.

LEONTES, señores y oficiales, aparecen sentados en orden.

LEONTES.—Esta causa, dígolo con profundo pesar, impone un penoso esfuerzo á mi corazón; como que la acusada es hija de un rey, y esposa nuestra, á quien siempre hemos amado en extremo. No se nos acuse de tiranía, pues procedemos en justicia y abiertamente, resueltos a proseguir hasta poner en claro la culpabilidad y obtener la purificación. Traed a la prisionera.

OFICIAL.—Su Alteza tiene a bien que la reina en persona se presente ante la corte. ¡Silencio!
(Traen á Hermiona entre guardias. Siguenla Paulina y señoras del séquito.)

LEONTES.—Leed la acusación.

OFICIAL (Leyendo).—«Hermiona, reina consorte de »Leontes, rey de Sicilia, eres acusada de alta traición »por haber cometido adulterio con Polixenes, rey de

«Bohemia, y conspirado con Camilo contra la vida
»del rey nuestro soberano y real esposo vuestro; ha-
»biendo sido este plan parcialmente descubierto por las
»circunstancias, tú, Hermiona, contra la fe y obedien-
»cia del verdadero súbdito, les aconsejaste y diste
»ayuda para que en busca de salvación huyeran du-
»rante la noche.»

HERMIONA.—Es casi inútil que diga yo *«no soy culpa-
ble;»* porque lo que tengo que decir, siendo opuesto
a lo que dice la acusación, no se apoya en otro testi-
monio que en el mío propio. Y pues mi integridad se
toma como hipocresía, no han de ser recibidas mis
palabras como verdad. Pero sí diré: que si los pode-
res divinos contemplan nuestras acciones humanas
(como en realidad las contemplan), no dudo de que la
inocencia avergonzara la falsa acusación, y que la
tiranía temblará en presencia del sufrimiento. Bien
sabéis, señores (y bien lo saben aun los que menos
aparentan saberlo), que mi vida pasada ha sido tan
casta y pura, como infeliz soy ahora; y esto es más
que cuanto ha inventado la ficción para atraer espec-
tadores. Porque considerad en mí a la compañera del
lecho nupcial del rey a quien corresponde la mitad
del trono: á la hija de un gran monarca; a la madre
de un joven príncipe lleno de promesas; obligada á
venir aquí á gastar palabras por su honra y su vida
en presencia de cuantos quieran escucharme. En cuan-
to á la vida, no le doy mas valor del que tiene según
la aflicción que sufro, y por tanto preferiría no tener-
la. El honor es la herencia que debo a los míos, y sólo
por él me veis aquí. Apelo á vuestra propia concien-
cia, señor, para que digáis hasta qué punto me ha-
llaba en vuestra gracia y había merecido estarlo, antes
de que Polixenes viniera a la corte: y después de su
venida, cual ha sido el encuentro inusitado en que
haya podido yo aparecer como se pretende; porque

si es un ápice más allá de los límites del honor, ó que en acción ó en intento se haya inclinado en tal sentido, no quiero que haya piedad en los corazones que me oyen, y el más inmediato a mí por su sangre haga pesar su desprecio sobre mi sepulcro!

LEONTES.—No tengo noticia de que haya faltado nunca al vicio el suficiente descaro para negar sus hechos, como no le falta audacia para cometerlos.

HERMIONA.—Es cierto; pero esta máxima no se me puede aplicar.

LEONTES.—No queréis confesarlo.

HERMIONA.—Ni debo admitirlo en manera alguna. En cuanto a Polixenes, con quien soy acusada, confieso que le amaba como lo requiere el honor; con la especie de afecto que cumple a una señora como yo: con un cariño tal, y no otro, que el que vos mismo habíais mandado. Y no haberlo hecho así, habría sido en mi desobediencia é ingratitude hacia vos y hacia vuestro amigo, cuyo afecto había sido el vuestro desde la niñez. En cuanto á la conspiración, no sé lo que es, ni lo sabría aunque me la pusierais delante, pues no la conozco. Todo lo que conozco es que Camilo es un hombre honrado; pero por qué ha dejado la corte, ni los dioses mismos podrían decirlo si no supieran de ello mas que yo.

LEONTES.—Sabíais su partida, así como lo que habéis intentado hacer en su ausencia.

HERMIONA.—Habíais, señor, un lenguaje que no comprendo. Mi vida esta á merced de vuestras cavilaciones. Disponed de ella.

LEONTES.—Mis cavilaciones provienen de vuestros hechos. Habéis tenido de Polixenes una bastarda, y llamais á eso cavilación mía. Como no os queda ningún sentimiento de pudor (y esto es común a las de vuestra especie) tampoco lo tenéis de veracidad; por lo cual lo que negáis tiene mas fuerza aún que si lo

hubiéseis confesado. Y así como esa prole ha sido expulsada, no teniendo padre que la reclame (lo cual es más criminal en ti que en ella), así también has de sentir nuestra justicia, que no tiene castigo más suave para ti que la muerte.

HERMIONA.—No malgastéis, señor, vuestras amenazas, que yo misma anhejo la muerte con que pensáis intimidarme. La vida en nada puede serme agradable. He perdido vuestro favor, que era todo el consuelo y orgullo mío, y el corazón me dice que lo he perdido para siempre, aunque no sé de qué manera. Mi segunda alegría, era mi primogénito, y me habéis apartado de él como cosa infecta. Mi tercer consuelo, nacida bajo funesta estrella, es arrancada de mi seno para arrojarla con la leche en los labios a ser víctima de un asesinato. Yo misma me veo difamada, excluida del lecho conyugal, y forzada a venir precipitadamente a este sitio al aire libre antes que pudiera restaurar mis fuerzas. Decid ahora, mi señor, ¿cuales son las felicidades de mi vida, para que pueda temer la muerte? Obrad, pues; pero oíd, y no os equivoquéis. La vida no me importa ya nada, pero por mi honor (que quiero conservar sin mancha) si soy condenada por meras presunciones, y sin prueba alguna (excepto la caviliosidad de vuestros celos) os repito que eso no es ley sino tiranía. A todos vosotros, señores, digo que me refiero en todo al oráculo. Que Apolo sea mi juez.

1.º SEÑOR.—Esta demanda vuestra es enteramente justa. Que se traiga, pues, el oráculo en nombre de Apolo.
(Salen algunos oficiales.)

HERMIONA.—Fué mi padre emperador de Rusia. ¡Oh! si estuviera vivo y presenciara aquí el juicio de su hija! ¡Si viera cuán profunda desdicha es la mía! viéralo, sí, mas con ojos de piedad, no de venganza.

(Regresan los oficiales con Cleómenes y Dión.)

OFICIALES.—Jurad aquí, sobre esta espada de la jus-

ticia, que vosotros, Cleómenes y Dión, habéis estado en Delfos, y traído de allí este oráculo sellado; y que desde el instante de recibirlo no os habéis atrevido á violar el sagrado sello, ni á leer los secretos que contenga.

CLEÓMENES y DIÓN.—Así lo juramos.

LEONTES.—Romped el sello y leed.

OFICIAL (*leyendo*).—«Hermiona es casta. Políxenes inocente. Camilo un súbdito leal. Leontes es un tirano celoso: su inocente criatura es legítima; morirá sin heredero, si no se encuentra á la que ha sido abandonada.»

SEÑORES.—¡Bendito sea el gran Apolo!

HERMIONA.—¡Bendito sea!

LEONTES.—¿Has leído fielmente?

OFICIAL.—Sí, mi señor: tal como está aquí.

LEONTES.—No hay ni una partícula de verdad en el oráculo. Que continúe la sesión. Eso es falso.

(*Entra precipitadamente un criado.*)

CRIADO.—¿Dónde esta mi señor? ¡El rey! ¡el rey!

LEONTES.—¿Qué hay?

CRIADO.—¡Oh, señor! ¡Cómo podré decirlo! El príncipe en la congoja y el temor de lo que pueda suceder á la reina...

LEONTES.—¿Cómo?

CRIADO.—¡Ha muerto! (*Hermiona se desmaya.*)

LEONTES.—Apolo esta irritado. Los cielos mismos fulminan sus rayos contra mi injusticia. ¿Qué pasa?

PAULINA.—Esta noticia es mortal para la reina. Mirad, mirad ya la obra de la muerte.

LEONTES.—Llevala. Su corazón está abrumado, pero ya se restablecerá. Quizá creí harto ligeramente mis propias sospechas. Os ruego que le administréis afectuosamente los remedios que la restauren. Perdóname, Apolo (*salen Paulina y señoras, con Hermiona*) por haber blasfemado de tu oráculo! Me reconciliaré con

Polixenes; ganaré de nuevo el amor de mi reina: llamaré á Camilo, á quien tengo por honrado, sincero y misericordioso; pues cuando yo, arrastrado por mis celos á sangrientas ideas de venganza, lo escogí para envenenar á mi amigo Polixenes, él con mejor intento retardó el cumplimiento de mi mandato, a pesar de que le amenacé de muerte y le ofrecí recompensas para que no dejase de ejecutarlo. Lleno él de humanidad y de honor, reveló á mi real huésped el plan, y abandonó su alta posición y su fortuna aquí, para entregarse en brazos del incierto azar, sin más riquezas que su honra. ¡Cuanto resplandece al lado de mi culpa! ¡Y cuánto más negras parecen mis acciones al lado de su piedad!

(Vuelve á entrar Paulina.)



PAULINA.—¡Oh desventura! Desatad mis lazos, romped estas ligaduras antes de que mi corazón estalle bajo de ellas!

I.^{er} SEÑOR.—¿Qué acceso es este, buena señora?

PAULINA.—¿Qué refinados tormentos tienes para mí,

oh tirano? ¿Qué tortura, qué martirio, crueles y sin piedad, como tuyos? Tu tiranía y tus celos, esos celos, imaginaciones pueriles indignas de un niño de nueve años!... ¡Oh! ¡Piensa en lo que has hecho! Y luego vuélvete loco, sí, loco frenético; porque todas tus pasadas locuras no son sino pobres preludios de esta. El haber hecho traición á Polixenes no era nada: sólo mostraba cuán voluble, ingrato y delincuente eres; ni ha sido mucho que hubieras querido emponzoñar la honra del buen Camilo pretendiendo que asesinase á un rey. Delitos son estos que parecen poca cosa al lado de otros tuyos más monstruosos; y entre estos no es el mayor haber abandonado á tu pobre hija para que sea pasto de los buitres; aunque el mismo demonio habría sacado agua de las llamas antes que consumir semejante crimen. Nadie se atreverá á acusarte por el aciago fin del joven príncipe, cuya mente (¡ay! demasiado noble para su edad) comprendiendo que su bondadosa madre era ultrajada por un padre torpe é insensato, dejó que su corazón estallara de dolor! Nada de esto hace más terrible tu cuenta. Pero lo último.. ¡Oh señores! ya os he dicho que claméis «¡oh desdicha!...» la reina, la más dulce, la más angelical y amada criatura, la reina ha muerto! Y todavía no há caído la venganza sobre quien así la hizo víctima!

I.^o SEÑOR.—¡No permita el cielo tal desgracia!

PAULINA.—Os digo que está muerta: estoy pronta á jurarlo. Y si no vale la palabra ni el juramento, id y mirad. Si podéis devolver color ó lustre á sus labios y a sus ojos, calor á su piel, aliento á su pecho, yo os serviré como si fuérais dioses! Pero tú ¡oh tirano! no te arrepientas de estas cosas: son demasiado pesadas para que tus remordimientos puedan moverlas de encima de tu cabeza. Así pudieras pasar de rodillas mil años, desnudo, hambriento, en la mas áspera monta-

ña, en medio de una eterna tempestad de invierno; jamás, jamás se moverían los dioses á dirigir una mirada al sitio donde estuvieras!

LEONTES.—Sigue, sigue. Nunca dirás demasiado. Merezco lo mas amargo que pueda proferir boca humana.

I.^{er} SEÑOR.—No digáis mas. Cualquiera que sea el curso de los sucesos, es delito vuestra audacia.

PAULINA.—Y de ella me arrepiento; como de toda falta que cometo, luego que me doy cuenta de ella. ¡Ay! harto mostré la ligereza de mi sexo! Veo que está conmovido en lo más íntimo de su corazón. Lo que ya se consumó, lo que no tiene remedio, no há menester lamentaciones. Os suplico que no os causen aflicción mis palabras; antes bien castigadme por haberos recordado lo que debíais olvidar. Ahora, mi buen señor y soberano, perdonad a una mujer enloquecida por el amor que tenía a vuestra reina. ¡Ah! loca de mí, no hablaré mas de ella, ni de sus hijos, ni de mi propio esposo perdido también. Ejercitad, señor, vuestra paciencia; no diré una palabra más.

LEONTES.—Hablaste en razón puesto que no dijiste sino la verdad. Prefiero eso á ser compadecido por tí. Ruégote que me conduzcas adonde estan los cadáveres de mi reina y de mi hijo. Una misma tumba los reunira; y aparecerán en ella las causas de su muerte, para perpetua vergüenza nuestra. Visitaré una vez cada día el sagrado asilo donde descansan sus cenizas, y allí derramaré mis lágrimas. Este será mi único solaz tanto tiempo cuanto la naturaleza lo resista. Ven: guíame á estos dolores. (Salen.)

ESCENA III.

Bohemia. Comarca desierta junto al mar.

Entran ANTÍGONO con la niña y un marinero.

ANTÍGONO.—¿Estás perfectamente seguro de que nuestro barco ha tocado las costas de Bohemia?

MARINERO.—Sí, mi señor; y mucho temo que hayamos llegado a mal tiempo; porque el firmamento parece amenazante y como si quisiera darnos qué hacer. Por mi conciencia, creo que el cielo está indignado del asunto que traemos entre manos y nos mira con aspecto ceñudo.

ANTÍGONO.—Cúmplase su sagrada voluntad. Vete a bordo y cuida de tu barco. Yo no tardaré en ir a tu lado.

MARINERO.—Daos toda la prisa posible; porque parece que vamos a tener tormenta. Y no os internéis demasiado en la costa, pues este sitio es famoso por los animales feroces que alberga.

ANTÍGONO.—Ve tú, que no tardaré en seguirte.

MARINERO.—Me alegro en el alma de salir de este negocio. *(Sale.)*

ANTÍGONO.—Ven, pobrecilla. He oído decir (aunque nunca lo he creído) que el espíritu de los que han muerto puede aparecer con vida; y si esto es verdad, el espíritu de tu madre se me apareció anoche, porque jamás tuve sueño tan semejante a la realidad. Vino hacia mí una forma femenina que volvía la cabeza ya a un lado, ya al otro. Nunca había visto yo una expresión de dolor mas profunda y natural. Envuelta en blancas vestiduras, como si fuera la santidad en persona, se acercó a la cama donde yo yacía. Tres veces se inclinó delante de mí, y esforzándose por decir algo,

se llenaron sus ojos de ardientes lágrimas. Calmada un tanto, prorumpió en estas palabras:— « Buen Anti-gono: supuesto que el hado, contrariando tu mejor disposición, se ha valido de ti para arrojar en el abandono á mi pobre hija, según lo habías jurado, Bohemia te ofrece desierto asilo donde la dejes con sus sollozos y su llanto. Vé allí; y pues la pobre criatura es contada como perdida para siempre, te ruego que le des por nombre *Perdita*. Y por la cruel tarea que te impuso tu soberano, nunca mas volverás á ver á tu esposa Paulina.» Con lo cual, dando alaridos, se desvaneció en el aire. Pasada mi primera impresión de gran espanto, dime tiempo para reflexionar, y pensé que aquello es real y no un sueño. Los sueños son ilusión; pero cedo esta vez á su influjo, y doy crédito á éste: Hermione ha sido condenada y ha sufrido la muerte; y Apolo, sabiendo que esta niña es hija de Polixenes, quiere que sea depositada, sea para vida ó para muerte, en la tierra de su padre. Que el cielo te ampare, pobre capullo. Quédate aquí (*poniendo á la niña en tierra*) y contigo tu filiación; y estas prendas (*colocando un lio atado junto á ella*) que pueden, si place a la fortuna, sustentarte y seguir siendo tuyas. Ya principia la tempestad. ¡Pobre huerfanilla! que por la falta de tu madre eres expuesta así á tantos azares! No puedo gemir; pero mana sangre el corazón, y soy en verdad un réprobo por verme obligado á esto por un juramento. ¡Adiós! El día se pone más y más sombrío, y va á arrullar tu sueño aspero rumor. Jamás he visto el cielo tan lóbrego de día. ¿Qué rugido salvaje? Ya es tiempo de volver á bordo... Me da caza! Soy perdido para siempre!

(*Sale perseguido por un oso.—Entra un viejo pastor.*)

PASTOR.—Quisiera que no mediara tiempo ninguno entre la edad de diez años y los veintitrés, ó pasar durmiendo los años juveniles. Porque en el intervalo

no se hace mas que tratar con las malas mujeres, ofender a los mayores, robar y pelear. Porque ¿quién sino un muchacho de diez y nueve á veintidós se aventura a cazar con ese tiempo? Ya me han espantado y puesto en fuga á dos de mis mejores ove-



jas, y temo que primero las encuentren los lobos que el dueño; pero de hallarlas, sólo podra ser cerca de la orilla del mar, mordiendo la yedra. Buena suerte me asista y hagase la voluntad del cielo. ¿Hola? ¿qué tenemos aquí? (*Levantando a la niña.*) Una niña! y lindísima, por cierto! De seguro que baila en esto alguna muchachuela. Yo no soy muy entendido en libros; pero puedo leer en esto que hay de por medio alguna muchacha de servicio. ¡Quién sabe! negocio de esca-

leras arriba, y cosa de tanto apuro que la pobre criaturita ha venido á parar aquí. La recogeré por piedad; pero estoy impaciente hasta que venga mi hijo. Hace apenas un instante que oía su voz. ¡Hola! Eh!

(Entra el bufón.)

BUFÓN.— ¡Oh! ¿Qué hay?

PASTOR.— ¿Tan cerca estabas? Si quieres ver una cosa de que tengas que hablar hasta después de muerto y apollado, ven. ¿Qué tienes, hombre?

BUFÓN.— He visto dos cosas, por mar y tierra, pero no puedo decir qué es mar y qué es cielo; porque ahora entre el uno y el otro no podriais hacer pasar ni la punta del cayado.

PASTOR.— ¿Pues qué ha sido, muchacho?

BUFÓN.— Hubiera querido que viéseis cómo se encrespaba y rugía y azotaba la playa! Pero esto no es lo principal. ¡Oh! los alaridos de aquellos infelices! Tan pronto los veía como desaparecían de la vista: ya el buque parecía tocar con sus mástiles al cielo, ya se hundía cubierto de espuma, y flotaba á merced de las olas como un corcho en un tonel. ¡Y luégo en la tierra!... ver cómo el oso le arrancaba el omóplato; y cómo aclamaba que le auxiliase, diciendo que se llamaba Antígono y que era noble! Pero para concluir con lo del buque, ¡qué era ver cómo el mar se lo tragaba! gritaban los infelices y el mar se burlaba de ellos, y el pobre caballero aullaba, y el oso se burlaba de él. Los alaridos de unos y otros vencían el ruido de la tempestad.

PASTOR.— ¡Qué desgracia! ¿Pero cuando ha sido esto?

BUFÓN.— Ahora, ahora mismo. Desde que ví aquello no he podido apartar de allí los ojos. Los marinos apenas han tenido tiempo de enfriarse debajo de las aguas; y el oso aún no está á mitad de comida.

PASTOR.— ¡Cuánto siento no haber estado allí, para auxiliar al pobre hombre!

BUFÓN.—Mejor hubiera sido socorrer el barco. (*Aparte.*) Allí te hundías.

PASTOR.—¡Qué horror! ¡qué horror! Pero mira, muchacho. Mientras tú te encuentras con los que mueren, yo me doy de manos á boca con los que nacen. Aquí tienes algo que ver. Un canastillo para la hija de un caballero! Mira bien y levanta y abre eso. Veamos lo que contiene. Alguna vez me dijeron que yo debería mi fortuna á las hadas. Esto ha de ser algún hallazgo: ábrelo. ¿Qué hay?

BUFÓN.—Pues en tus vejezes das con la fortuna; si Dios te perdona tus pecados, puedes darte ahora la gran vida. Todo esto es oro! todo es oro!

PASTOR.—Oro de las hadas, muchacho, y ya verás como es así. Arriba con ello y guárdalo bien. Vamos a casa y por el camino más corto. Felices somos, muchacho, y para continuar siéndolo no necesitamos más que guardar el secreto. Deja que se vayan las ovejas y apresurémonos á volver á casa.

BUFÓN.—Id vos con vuestros hallazgos por el sendero inmediato, que yo voy a ver si ya ha dejado el oso al caballero y qué parte de él se ha comido. El oso no es temible sino cuando está hambriento. Si algo queda del pobre hombre, lo sepultaré.

PASTOR.—Buena acción es esta. Si por los restos que encuentres de él puedes discernir quién haya sido, déjame verlos.

BUFÓN.—Así lo haré; y entonces me ayudaréis á enterrarlo.

PASTOR.—Es un día afortunado para nosotros, muchacho; y haremos gran negocio. (*Salen.*)



ACTO IV.

Entra el TIEMPO.

TIEMPO.

Yo, que suelo complacer á algunos, y pongo á prueba a todos, siendo alegría y terror para buenos y malos; yo que engendro el error y lo revelo; quiero ahora, en uso de mi prerogativa, servirme de mis alas. No atribuyáis á delito que en mi veloz carrera salte diez y seis años, sin detenerme á exhibir lo que pasó en el transcurso de ellos; pues está en mi poder derribar leyes, y en un instante abolir viejas costumbres y plantar otras nuevas. Dejadme ser, pues, lo que siempre fui, desde antes que se estableciera el orden más antiguo ó se pensara en el que hoy existe. Y ahora como entonces, fiel á mi leyenda, deslustraré lo que hoy brilla y relegaré á lo pasado lo que predomina ahora. Contando con vuestra indulgencia, doy vuelta, pues, á mi reloj, y muestro mi panorama como si hubiéseis estado dormidos en todo el intervalo. Curado ya Leontes de sus celos, y tan apesadumbrado por haberlos tenido, que vive en un encierro, imaginad,

amados espectadores, que estoy ahora en la hermosa Bohemia, y acordaos que mencioné á un hijo del rey, á quien doy por nombre Florizel. Con igual presteza exhibiré a Perdita, crecida con maravillosa gracia y hermosura; pero no profetizaré lo que debe acontecerle. Ahora es hija de un pastor, y veréis desenvolverse lo que la concierne, y sus consecuencias. Permittedme este juego, si antes empleasteis peor el tiempo; y si no, creed que el Tiempo mismo desea que nunca lo gastéis en peores cosas. (Sale.)

ESCENA I.

Bohemia. Habitación en el palacio de Polixenes.

Entran POLIXENES y CAMILO.

POLIXENES.—Ruégote, buen Camilo, que no insistas con tanta tenacidad. Negarte algo, es para mí un sufrimiento: concederte esto, sería la muerte.

CAMILO.—Diez y seis años han transcurrido sin ver mi patria; y aunque temprano me acostumbré a viajar por el extranjero, deseo que descansen mis huesos en la tierra de mis antepasados. Además, el penitente rey, mi señor, ha enviado por mí; y puedo dar algún alivio á los pesares de su arrepentimiento, ó a lo menos así lo pienso. Este es un aliciente mas á mi partida.

POLIXENES.—En nombre del afecto que me tienes, no suprimas el resto de tus servicios dejándome. Tu propia bondad te ha hecho necesario, y habría preferido no tenerte a verme obligado a perderte ahora. Servicios prestas que ningún otro habría podido desempeñar; y por tanto es preciso que permanezcas aquí para ejecutar los trabajos por ti iniciados, y no dejes que con tu ausencia desaparezcan, ni borres con tu propia mano esos servicios. Si no los aprecié bas-

tante (y nunca los podré apreciar demasiado), haré especial estudio de ser mas agradecido, y mi ganancia sera el aumento de tu amistad. De esa funesta tierra de Sicilia te ruego que no me hables más. Su solo nombre me recuerda al que llamas penitente y reconciliado rey, mi hermano; la pérdida de cuya esposa é hijos es de lamentar aún ahora. Dime: ¿cuándo viste al príncipe Florizel, mi hijo? Los reyes no son menos infelices cuando su descendencia es digna de censura, que cuando la pierden después de conocidas sus virtudes.

CAMILO.—Hace tres días, señor, que ví al príncipe. Ignoro cuales sean ahora sus felices ocupaciones; pero he notado con sentimiento que de poco tiempo a esta parte esta muy retraido de la corte, y frecuenta mucho menos sus habituales ejercicios que antes.

POLÍXENES.—Lo mismo observé, Camilo, y con no poco cuidado; tanto, que empleo en mi servicio personas que observen sus acciones. Por ellas sé que apenas se separa de la casa de un rústico pastor, hombre, según se dice, que ha pasado de la nada a una posición tan opulenta, que apenas parece comprensible.

CAMILO.—He oído, señor, algo acerca de ese hombre. Tiene una hija extraordinariamente notable, cuya reputación es mas extensa de lo que cabe esperar de tan humilde origen.

POLÍXENES.—De ella también se ocupan mis noticias; pero temo el anzuelo que atrae allí a mi hijo. Nos acompañaras a ese sitio. Allí, ocultando lo que somos, hablaremos con el pastor, de cuya sencillez creo que no sera difícil obtener la causa de la presencia de mi hijo en ese lugar. Te suplico que te asocies a mí en esta investigación, y déjate de pensar en Sicilia.

CAMILO.—Obedezco de buen grado vuestro mandato.

POLÍXENES.—¡Mi excelente Camilo! Conviene que tomemos un disfraz.

(Salen.)

ESCENA II.

Un camino cerca de la casa del-pastor.

Entra ANTILOCO cantando.

ANTILOCO.—«Florece los narcisos; danza la niña en los valles; así se anuncia la primavera. Todo se rejuvenece y colora en los pálidos dominios del invierno; ya blanquea la tela, tendida sobre el vallado; ya cantan las aves y el apetito aguza mis dientes. Un cuartillo de cerveza es para mí néctar divino.....»

Criado fui del príncipe Florizel, y vestí un tiempo su librea... pero ya dejé de servirle... ¿Mas he de lamentarme por eso?... Brilla la luna por estos vericuetos y por ellos voy más directamente á la fortuna... Si hasta á los caldereros se les permite ejercer su industria, con su delantal de cuero, bien puedo legitimar mi oficio, y alistarme entre los mercaderes. Mi tráfico consiste en trapos. ¡Ojo á la ropa, mujeres! Antíloco me llamó mi padre; nacido bajo Mercurio, solía ser inclinado á escamotear perdidas baratijas. Á vueltas de dados me compré estas vestiduras, y es mi renta la astucia. No me gusta ejercer la profesión en camino público, porque suele costar sendas palizas y además la horca: cosas que me inspiran sumo respeto, y aun terror; porque en cuanto a la vida futura, nunca se me ha ocurrido acordarme de ella. ¡Una presa! ¡Una presa!

(Entra un Pastor.)

PASTOR.—Vamos a ver, cada once corderos dan veintiocho libras de lana; cada veintiocho libras hacen una libra esterlina y un chelín. Mil y quinientos vellones ¿cuánto valen?

ANTILOCO (*aparte*).—Si no hay tropiezo, no te me escapas.

PASTOR.—No puedo sacar la cuenta sin los números. Veamos. ¿Qué es lo que tengo que comprar para nuestra fiesta? Tres libras de azúcar; cinco libras de uvas confitadas.... arroz; ¿qué querrá hacer mi hermana con arroz? Pero mi padre había encomendado el arreglo de la fiesta, y esto es lo que pide. Me encarga veinticuatro ramilletes para los trasquiladores; todos muy buenos cantores. Pero hay entre ellos un puritano que canta salmos con acompañamiento de zampoñas. Debo traer azafrán para dar color á los pasteles; dátiles, nueces, cuatro libras de ciruelas y otros tantos racimos de lo mejor.

ANTÍLOCO (*revolcándose por el suelo*).—Ay! ; Oh! Maldito el día que nací!



PASTOR.—Por vida mía! ¿Qué es eso?

ANTÍLOCO.—¡Oh! ; socorro! ; socorro! Arrancadme estos harapos, y dejad luego que muera. ¡Oh, la muerte! la muerte!

PASTOR.—¡Pobre infeliz! Parece que más bien neces-

sitas algunos harapos más y no quitarte los que tienes.

ANTILOCO.—¡ Oh señor! Su fetidez me ofende más que los golpes que he recibido, y esto que fueron duros y á millones.

PASTOR.—Pues, pobre de ti, con un millón de golpes ya estarías caminito del cementerio.

ANTILOCO.—Me han robado, señor, y me han llenado de golpes. Se llevaron mi dinero y mis vestidos, y luégo me pusieron estos abominables trapos.

PASTOR.—¿ El ladrón iba á pié ó á caballo?

ANTILOCO.—Á pié.

PASTOR.—Á pié iría cuando te dejó estos andrajos; que si fueron manto de caballero mal negocio hizo. Vamos: dame tu mano, te ayudaré á levantar. Dame tu mano. *(Le ayuda á levantarse.)*

ANTILOCO.—¡ Ah! sois compasivo!

PASTOR.—¡ Pobre mozo!

ANTILOCO.—¡ Oh! Con cuidado, señor, con cuidado! Me parece que tengo dislocada la espalda.

PASTOR.—Bien ¿ y ahora? ¿ Puedes tenerte en pié?

ANTILOCO.—Con cuidado, señor. *(Le roba el bolsillo.)* Con cuidado. ¡ Ah, señor! Me habéis socorrido.

PASTOR.—¿ Necesitas dinero? Puedo darte unas monedas.

ANTILOCO.—¡ Oh, no, mi bondadoso señor! Os ruego que no. Un pariente mío vive á poco más de media milla de aquí, y á su casa me encaminaba. Allí tengo dinero y cuanto pueda necesitar. No me ofrezcáis dinero, no: sentiría que me lo diérais.

PASTOR.—¿ Qué especie de mozo es el que te ha robado?

ANTILOCO.—Uno, señor, que he visto vagando por estos alrededores y entretenido en malos juegos. Sé que fué criado del príncipe; pero ignoro por cuál de sus virtudes lo echaron de la corte á latigazos.

PASTOR.—Sus vicios, quieres decir. En la corte

no se castiga ninguna virtud; antes se la favorece.

ANTÍLOCO.—Vicios quise decir, señor. Conozco bien á ese hombre. Ha sido saltimbanco, procurador ó alguacil, luégo daba funciones de títeres, y se ha casado con la mujer de un calderero, á una milla corta de mi tierra y hogar. Ha tenido multitud de profesiones, y al fin tomó la de bribón. Dicen que se llama Antíloco.

PASTOR.—¡Maldito sea él! Es un bellaco, por vida mía, un pillo. Siempre anda rondando las ferias y lugares de mucha concurrencia y diversión.

ANTÍLOCO.—Muy cierto, señor; pues ese es el bribón que me ha puesto de esta traza.

PASTOR.—En toda Bohemia no hay bellaco más cobarde que ese. Si te hubieras mostrado enérgico y le hubieses escupido el rostro, habría echado á correr.

ANTÍLOCO.—Confieso que no soy hombre de armas tomar; y que por ese lado el corazón no me ayuda. Sin duda que él lo conocía.

PASTOR.—¿Y cómo te sientes ahora?

ANTÍLOCO.—Mucho mejor. Puedo tenerme bien y podré caminar. Con que, me despido de vos y me largo aunque sea despacio á casa de mi pariente.

PASTOR.—¿Quieres que te acompañe?

ANTÍLOCO.—No, mil gracias, mil gracias.

PASTOR.—Pues entonces, adiós. Tengo que ir á comprar provisiones para nuestra fiesta.

ANTÍLOCO.—¡Que el cielo os favorezca! (*Sale el Pastor.*) No comprarás mucho con lo que te queda en la bolsa. También estaré en esa fiesta. Si no hago que este escamoteo prepare el camino para otro, quiero que mi nombre sea borrado del registro de los ladrones é inscrito en el libro de la virtud! (*Sale.*)

ESCENA III.

Bohemia.—Cabaña de un pastor.

Entran FLORIZEL y PERDITA.

FLORIZEL.—Vuestro tocado parece dar nueva vida a toda vuestra persona. Nadie diría que fuéseis ya una zagala, sino Flora resplandeciendo en pleno Abril. Esta fiesta es como asamblea de dioses menores, y vos sois la reina de ella.

PERDITA.—Mi bondadoso señor, no me cumple admitir tales extremos de parte vuestra. Tan elevada persona como vos, símbolo de bondad y grandeza en el país, se oscurece llevando el traje de un labriego; así como yo, pobre humilde doncella, no puedo parecer sino una zagala disfrazada de diosa. Pero como suele sazonar nuestra fiesta un grano de locura, y cada cual se complace en ello, no tendré que ruborizarme de veros en ese traje, ni yo de mirarme al espejo.

FLORIZEL.—¡Bendigo la hora en que a mi buen halcón se le antojó volar por las tierras de vuestro padre!

PERDITA.—Quiera Júpiter que tengáis motivo para ello. Por mi parte, esta gran diferencia de condiciones me llena de temor; temor que no comprendéis, porque vuestra grandeza no esta acostumbrada a sentirlo. Ahora mismo tiemblo á la idea de que vuestro padre, por cualquier acaso, pueda venir por aquí, como vos. ¡Oh hados! ¿Y qué pensaría de ver su noble obra ligada a tanta inferioridad? ¿Qué diría? ¿Ni cómo podría yo, envuelta en este disfraz, contemplar la severidad de su presencia?

FLORIZEL.—Deja los malos pronósticos. Hasta los mismos dioses humillando su divinidad ante el amor, se han revestido con formas de animales. Júpiter se



L. JOSEPH

Perdita y Dorcas

convirtió en toro, Neptuno en cordero, y el rubio Apolo en pastor, como yo ahora. Y nunca esas transformaciones fueron causadas por tan rara belleza, ni con intento tan puro; porque mis deseos no atropellan el honor, ni antepongo mis instintos á mi fe.

PERDITA.—Pero ¡oh, mi querido señor! vuestra decisión será insostenible, cuando a ella se oponga, como tiene que suceder, la autoridad del rey! Y no quedará más que la inevitable alternativa de que mudéis de propósito, ó cese yo de vivir.

FLORIZEL.—Te ruego, amada Perdita, que no acibares con estos cavilosos pensamientos el regocijo de la fiesta. Seré tuyo, hermosa mía, ó no seré de mi padre; porque si no puedo ser tuyo, no seré mío, ni seré de nadie. Y en esto no vacila mi constancia, aunque el destino diga que no. Ea! Alégrate, hermosa, y distrae tu mente con los objetos que tienes á la vista. Mira; ya llegan tus huéspedes. Anima tu semblante, como si estuviéramos ya en el día de las bodas que ambos hemos jurado celebrar.

PERDITA.—¡Oh! Quiera la diosa Fortuna sernos propicia!

(Entran el Pastor, con Polixenes y Camilo disfrazados, el Bufón, Mopsa, Dorcas y otros.)

FLORIZEL.—Ya se aproximan vuestros convidados. Procurad entretenerlos alegremente, y coloree el rostro el regocijo.

PASTOR.—¡Hija! Cuando vivía mi vieja esposa, en tal día como hoy, era despensera, repostera, cocinera; señora á un tiempo y criada; daba á todos la bienvenida; servía á todos; entonaba su canción y bailaba su danza; tan pronto á la testera de la mesa como en medio: ya junto al hombro de éste, ya junto al de aquel; con la cara encendida de fatiga, y brindando alegre por sus convidados. Pero tú te retraes como si fueras la festejada y no la directora de la fiesta. Va-

mos: vé á saludar á estos desconocidos amigos; porque el mejor modo de que lo sean consiste en conocerlos. Déjate de rubores y preséntate como lo que eres: como la señora de la casa. Invítanos á la fiesta, que ya verás cómo ha de prosperar tu rebaño.

PERDITA (á *Polixenes*).—Señor, bienvenido seáis. Á mi padre place que yo me encargue de obsequiar á mis convidados. (A *Camilo*.) Recibid mi bienvenida, señor. Dame aquellas flores, *Dorcas*. Venerables señores: éstas conservan su color y su aroma todo el invierno. Sean para ambos como un grato recuerdo del placer con que os acogemos.

POLIXENES.—Zagala (y muy bella en verdad) bien se acuerdan con nuestra edad las flores de invierno.

PERDITA.—Señor: el año declina, pero aún no ha expirado el verano ni asoma el invierno. Así las mejores flores de la estación son únicamente las que llaman: «bastardas de la naturaleza.» Nuestro rústico jardín no las tiene, ni yo me cuidaría de tenerlas.

POLIXENES.—¿Y por qué les dais tan poco valor, hermosa zagala?

PERDITA.—Porque he oído decir que son ingertos, hijos de un arte que compite con la naturaleza.

POLIXENES.—En verdad, ese arte existe; pero no hay medio alguno de mejorar lo que hace la naturaleza, si esta misma no suministra ese medio. El arte de que habláis, es ayudado de la naturaleza misma. Así, veis, gentil niña, que unimos individuos de una especie animal salvaje, con otros de más noble índole; y que el ingerto de un noble botón con otro más vulgar, se advierte en lo aspero de la corteza. Arte es que corrige la naturaleza, ó la transforma mejor dicho; pero el arte en sí mismo es naturaleza también.

PERDITA.—Es verdad.

POLIXENES.—Pues entonces enriqueced vuestro jardín con esas flores y no las llaméis bastardas.

PERDITA.—No me gusta esa labor, como no gusto de colores postizos con el objeto de agradar á este mancebo, é inspirarle el deseo de unirse conmigo. Aquí tenéis gran copia de flores para vosotros: estas crecen en pleno verano y entiendo que son las que se ofrecen á hombres de edad madura, ni jóvenes ni viejos.

CAMILO.—Imagino que si yo fuera de vuestro rebaño, me olvidaría de pacer, por contemplaros.

PERDITA.—Y así os pondría tan flaco, que el viento del invierno os penetraría hasta los huesos. En cuanto á vos, mi mejor amigo, desearía tener algunas flores de primavera, como adecuadas á vuestra edad. Pero no hay tantas como yo quisiera para tejer en guirnaldas, amado amigo mío, y cubriros con ellas.

FLORIZEL.—¿ Como en un ataúd ?

PERDITA.—No, sino como en el lecho de flores donde el amor se reclina y goce; y donde en vez de morir reviva entre mis brazos. Vamos: me parece que estoy declamando como en las pastorales que representan á veces por la Pascua. Seguramente este disfraz que llevo ha mudado mi natural condición.

FLORIZEL.—Cuanto hacéis y decís parece excelente, y gana con ser vos quien lo hace. Hablais, amada mía, y sólo deseo escucharos de nuevo: cantáis y quisiera que todo lo hiciérais cantando. En la danza desearía veros convertida en onda del océano, para que no hiciérais mas que moveros. Y en cuanto hacéis, hallo tan particular belleza, que la menor gracia vuestra paréceme corona de las demás.

PERDITA.—¡ Oh Doricles! Tan excesivos son estos elogios, que a no conocer vuestra lealtad y generosa sangre, temería que vuestro ingenio quisiera ganarme por mal sendero.

FLORIZEL.—Ni hay causa de temor en vos, ni intento en mí que lo justifique. Pero venid, os ruego: vamos

á danzar. Dadme la mano y estemos así juntos como dos tórtolas que no han de separarse jamás.

PERDITA.—Sería capaz de jurarlo.

POLÍXENES.—Es la más linda villana que haya corrido alguna vez por una pradera. Nada hace que no parezca llevar un sello superior a su condición. Es demasiado noble para este lugar.

CAMILO.—Algo le dice él que la hace salir los colores á la cara. Se puede jurar que es la reina de los pastores.

BUFÓN.—Ea! ¡ Música! ¡ música!

DORCAS.—Mopsa debe ser vuestra pareja.

MOPSA.—Ahora, y guardad bien el compás.

BUFÓN.—Ni una palabra mas, ni una sola. Pero ¡ mucha compostura! ¡ mucha compostura! Principiemos de una vez. (*Música. Aquí, baile de zagales y zagalas.*)

POLÍXENES.—Decidme, buen pastor, ¿quién es aquel gentil labrador que baila con vuestra hija?

PASTOR.—Le llaman Doricles y se jacta de ser bien nacido; y aunque lo sé por él mismo, lo creo... su porte lo atestigua. Dice que ama á mi hija, y pienso que es así: porque nunca se miró la luna en el agua tanto como él en los ojos de mi hija, como leyendo en ellos. Y para ser franco, creo que no hay la mitad de un beso de diferencia entre lo que cada uno ama al otro.

POLÍXENES.—La niña baila con mucha gracia.

PASTOR.—Con gracia lo hace todo. Aunque es mejor no hablar de lo que debería ser callado, lo cierto es que si el joven Doricles se casa con ella, algo encontrarán que no presumen. (*Entra un criado.*)

CRiado.—¡ Si viérais al mercader ambulante que esta á la puerta, no volveríais á bailar al són de la zampoña. Canta muchas y varias canciones en menos tiempo que vos contáis monedas. Si no parece sino que ha comido baladas! Los hombres se vuelven todo orejas por oirle.

BUFÓN.—Pues no podía venir más á punto. Hazle entrar. No hay cosa que me guste tanto como una balada, sobre todo si el asunto es plañidero y el canto alegre, ó es alegre y se le canta como una lamentación.

CRIADO.—Tiene canciones para hombre ó mujer, de todos tamaños. No hay modista que ajuste tan bien un par de guantes á sus parroquianos. Canta algunas muy lindas para doncellas y nada licenciosas; que es lo raro (1).

POLIXENES.—Pues es un excelente mozo.

BUFÓN.—Por lo que dices, este hombre es extraordinario. ¿Y no trae algunas mercancías nuevas?

CRIADO.—Lleva cintas de todos los colores del arcoiris; y puntos (2), más que todos los leguleyos de Bohemia, aunque se junten por centenas. Y vocea cada cosa que vende, como si fuera un dios ó una diosa; de manera que se diría que un corpiño es un ángel femenino.

BUFÓN.—Pues haz que venga cantando.

PERDITA.—Prevenle que no use palabras impropias en sus tonadas.

BUFÓN.—Hay saltimbanquis de estos que tienen más seso de lo que podrias pensar, hermana.

PERDITA.—Si no lo pienso, hermano mío, me inclino á pensarlo. *(Entra Antíloco cantando.)*

ANTÍLOCO.—Las telas blancas como la nieve,
más que los cuervos negro el crespón,
guantes que ciñen la mano breve,
nunca se ha visto cosa mejor.

—
Hay antifaces para la cara,
collares de ámbar, y adornos mil.

(1) Siguen aquí, algunos nombres y versos de canciones que hemos creído conveniente suprimir.

(2) Equívoco que no tiene traducción.

Broches, pulseras, cuanto soñara
para sus galas niña gentil.

—
Pomos de esencias, de ricas flores
y finos polvos de tocador.
comprad, doncellas; comprad, señores,
nunca se ha visto cosa mejor.

BUFÓN.—Si no estuviera enamorado de Mopsa, no me sacabas tú un sueldo; pero, siendo cautivo de ella, cautivos han de ser algunos cintajos y guantes.

MOPSA.—Me los prometiste para la vigilia, pero nunca es tarde cuando llega.

DORCAS.—Mas os prometió si no miente la fama.

MOPSA.—Y a vos os ha dado más de lo prometido, mucho más... algo que os costaría devolverle.

BUFÓN.—Pero, muchachas, ¿qué estáis hablando?... ¡Qué se hizo del decoro!... No podéis aguardar á la hora de acostaros ó de ir á la fuente, para sacar los trapitos al sol, y no que venís aquí á charlar delante de estos señores? Fortuna que están embebidos en sus compras... ¡Vaya... chitón!

MOPSA.—Bueno, ya callo... Pero conste que me prometiste un lazo y un par de guantes perfumados...

BUFÓN.—¿Pero no te dije cómo me habían desbaliado y dejado sin un cuarto por el camino?

ANTÍLOCO.—Oh sí; rondan muchos pillos por esos vericuetos, y hay que abrir los ojos.

BUFÓN.—No temas; aquí no te robarán nada.

ANTÍLOCO.—Así lo espero; llevo el cofre repleto de mercancías.

BUFÓN.—Y canciones ¿verdad?

MOPSA.—¡Ah!... Cómprame algunas... Una triste quisiera; estas suelen ser verdad.

ANTÍLOCO.—Aquí traigo una muy triste, muy triste... la historia de la mujer de un alguacil, que enfermó de

haberse echado á cuestras veinte cofres llenos de dinero, y de cómo le dió el antojo de comer cabezas de serpientes y sapos fritos.

MOPSA.—¿Y eso es verdad, decís?

ANTÍLOCO.—Y tan verdad como es; no hará un mes que ocurrió el lance.

DORCAS.—¡Librenme los dioses de casarme con un alguacil!

ANTÍLOCO.—Aquí dice el nombre de la comadrona; cinco ó seis mujeres fueron también testigos del hecho. ¿Por qué había yo de mentir?

MOPSA.—Cómprala,... cómprala.

BUFON.—Vaya; échala á un lado; vengan otras, que mercaremos más.

ANTÍLOCO.—Esta es otra historia y balada de un pez prodigioso que ha parecido en la costa, el miércoles del ochenta de Abril, á cuatro mil brazas de fondo, el cual cantó esa balada á las muchachas crueles. Dicen que es una mujer transformada en pez por haberse mostrado dura con uno que estaba muy enamorado de ella. La balada es muy patética, y toda verdad.

DORCAS.—¿También lo creéis?

ANTÍLOCO.—Que si lo creo! ahí veréis que lo certifican cinco jueces de paz y más testigos que caben en mi cofre.

BUFÓN.—Echadla á un lado.

ANTÍLOCO.—Aquí tengo otra muy graciosa y divertida, que es de las mas lindas.

MOPSA.—¡Á ver!... ¡á ver!... una muy divertida.

ANTÍLOCO.—Esta es de lo más divertido que corre, y se canta como la de: *Dos niñas amaban á un muchacho*. Ya no hay doncella que no la cante; me la arrebatan de las manos.

MOPSA.—Cantémosla los dos; si queréis hacer el tercero; vamos allá; tiene tres partes.

DORCAS.—Pero si esto se cantaba ya un més atrás...

ANTILOCO.—Yo cantaré mi parte ; es mi oficio ; á ver cómo cantáis la vuestra.

CANCIÓN.

ANTILOCO.—«Salid, salid, que debo largarme ; ¿ dónde ?... no habéis de saberlo...»

DORCAS.—«¿ Dónde ?»

MOPSA.—«¿ Dónde ?»

DORCAS.—«¿ Dónde ?»

MOPSA.—«Jurasteis confiarme todos vuestros secretos.»

DORCAS.—«Y á mi también; dejad que os acompañe.»

MOPSA.—«Vas á la granja ó al molino?»

DORCAS.—«Si vas á la granja, mal; si vas al molino, peor.»

ANTILOCO.—«Ni á la una, ni al otro.»

DORCAS.—«Cómo, ni á la una ni al otro?»

ANTILOCO.—«Ni á la una ni al otro.»

DORCAS.—«Juraste que me amarías.»

MOPSA.—«Y á mi me juraste mucho más. Con que dime dónde vas, dimelo.»

BUFÓN.—Bien: vamos á otro lado con tus paquetes, y allí examinaremos las baladas y todo. Mi padre y aquel caballero están empeñados ahora en grave conversación. Seguidme y compraré algo para las niñas. Quiero ser el primero. Ea! Vamos, niñas. *(Salen.)*

ANTILOCO.—Ya pagarás tú por ellas.

(Vuelve á cantar como cuando entró, luego se va con Mopsa y Dorcas y llega un criado.)

CRIADO.—Aquí están tres carreteros, tres pastores, y guardadores de cerdos y cabras que se han cubierto de pelo y se dan el nombre de *sátiros* (1), que vienen á bailar; dicen las muchachas que su danza es una de

(1) Sátiros.

cabriolas y piruetas muy divertida y que ha de gustar, como no reviente alguno acostumbrado á otros bailes más pesados.

PASTOR.—Déjalos, que no queremos verlos; bastantes locuras se han hecho. Quizás os fastidiamos ya, señor.

POLIXENES.—Nosotros estamos fatigando á los que nos divierten; veamos á esos danzarines.

CRIADO.—Tres de ellos, según dicen, bailaron delante del rey; el menos saltarín salta de un brinco á una altura de doce piés cuadrados.

PASTOR.—Basta de charla; puesto que es del gusto de los señores, que pasen y que despachen pronto.

CRIADO.—Ya están aquí.

(Entran doce pastores disfrazados de sátiros, bailan y se van.)

POLIXENES (*aparte*).—¡Oh padre mio! ya veréis el fin de todo esto. ¿No estarán ya hartos adelantados? Ya es tiempo de separarlos. (*A Florizel.*) Y bien, gallardo zagal, ¿cómo va ahora? Como si vuestro corazón estuviera preocupado por algo que os aleja de la fiesta. Á fe que cuando yo era joven, me creía obligado á cargar de presentes á mi bella, y habría vaciado todos los paquetes del mercader para ofrecérselos. Pero vos lo habéis dejado marcharse sin comprar cosa alguna. Si vuestra pretendida se fijase en esto, diría que es falta de afecto ó de generosidad, y os veríais apurado en la respuesta, si tenéis á pechos el que ella se muestre contenta.

FLORIZEL.—Anciano: sé que ella no da valor alguno á esas baratijas. Los dones que ella espera de mí están atesorados en mi corazón; y ya se los he dado, aunque no lo entregué todavía. Y pues este anciano señor parece haber amado alguna vez, oídme concentrar en mis palabras toda la esencia de mi vida. Tomo tu mano: esta mano suave como la pluma de la tórto-

la, blanca como el marfil ó como la nieve acumulada por los inviernos.

POLÍXENES.—¿Y qué más? ¡Qué bonitamente acaricia y pule el zagal esa mano que ya de suyo estaba muy limpia. Os he interrumpido. Pero vamos á estas protestas. Deseo oír lo que os proponéis.

FLORIZEL.—Oído y sed testigo.

POLÍXENES.—Y mi vecino también.

FLORIZEL.—También él, y más que él y que los hombres, la tierra, el cielo, todo. Si tuviera que ser yo coronado como monarca y digno de esa alta dignidad: si fuera el mas hermoso joven que jamas hubieran contemplado los ojos: si en fuerza y en ciencia aventajara al primero de cualquiera época, sin el amor de ella no daría á esos bienes valor alguno: por ella los emplearía todos, y los aceptaría ó rechazaría según que fueran ó no convenientes á su dicha.

POLÍXENES.—Franca y rica oferta.

CAMILO.—Y revela un afecto sincero.

PASTOR.—Pero, hija mía, ¿le dices tú lo mismo?

PERDITA.—No puedo hablar tan bien como él, no, ni con mucho; ni tener propósitos mejores. Juzgo de la pureza de sus pensamientos por la de los míos.

PASTOR.—Pues daos las manos, y asunto arreglado. Y sed testigos vosotros, amigos, de que le doy mi hija, y que haré su dote igual á la de él.

FLORIZEL.—¡Oh! Eso no puede ser sino con las virtudes de vuestra hija; porque cuando haya muerto alguien, tendré más de lo que podríais imaginar ahora: bastante para que os admiréis. Pero, vamos: celebrad el contrato en presencia de estos testigos.

PASTOR.—Pues bien: dadme vuestra mano; y tú la tuya, hija mía.

POLÍXENES.—Aguardad un instante, buen pastor, os lo ruego. ¿Tenéis padre?

FLORIZEL.—Sí; pero ¿qué?

POLÍXENES.—¿Y sabe él esto?

FLORIZEL.—No: ni lo sabrá.

POLÍXENES.—Pues me parece que en las bodas de un hijo, el primer invitado ha de ser el padre. Permitid otra pregunta. ¿Llegó vuestro padre á ser incapaz de ocuparse en asuntos razonables? ¿La edad ó las enfermedades le han convertido en estúpido ó idiota? ¿Puede oír, ver, distinguir un hombre de otro, y defender su propiedad? ¿Está paralizado en un lecho, ó ha caído en la segunda infancia?

FLORIZEL.—No, mi buen señor. Goza de toda su salud, y tiene más vigor, por cierto, que la mayor parte de los hombres de su edad.

POLÍXENES.—Pues siendo así, por mi barba cana, que le inferís un agravio indigno de un hijo. Es razón que un hijo escoja una esposa para sí; pero no lo es menos que en tal asunto se consulte al padre; como que toda su dicha consiste en tener una digna descendencia.

FLORIZEL.—Todo esto es verdad; pero por otras razones, mi grave señor, que no os es dado saber, no quiero participar este asunto á mi padre.

POLÍXENES.—Dejadle que lo sepa.

FLORIZEL.—No lo sabrá.

POLÍXENES.—Os ruego que le habléis.

FLORIZEL.—No, no ha de ser.

PASTOR.—Dejad que lo sepa; que no ha de tener por qué afligirse de vuestra elección.

FLORIZEL.—Es necesario que lo ignore. Vamos, vamos: que conste nuestro contrato.

POLÍXENES (*Descubriéndose*).—Que conste vuestro divorcio, mozo, á quien no me atrevo á llamar hijo. Tan bajo caíste que no puedo reconocerte. Tú, heredero de un cetro, te agachas á recoger un cayado. En cuanto á ti, viejo traidor, sólo siento que haciéndote ahorcar

apenas te quitaría una semana de vida. Y tú, acabada muestra de hechicería, necesariamente habías de saber qué regio imbécil estabas atrapando.

PERDITA.—¡ Oh ! ¡ Corazón mío !

POLIXENES.—Haré que tu belleza sea arañada y desfigurada, hasta que se vuelva tan repugnante como tu propia condición..... Obcecado muchacho, si jamás llego a saber que has dado siquiera un suspiro por no haber vuelto á ver á esta muñeca (y cuenta con que nunca volverás á verla) te excluirémos de nuestra sucesión, y no te reconoceremos por hijo, no, ni como ligado á Nos por el más remoto parentesco. Ten bien presentes mis palabras. Síguenos á la corte. Tú, vejete, aunque merecedor de nuestra reprobación, quedas por ahora libre del golpe de muerte que debía caer sobre ti. Y tú, hechicera, digna por cierto de un labriego; si alguna vez se abre este rústico umbral para el que deshonrando mi sangre se hace hasta indigno de ti; si alguna vez lo atraes á tus brazos, yo encontraré para ti una muerte tan cruel como se pueda inventar. (Sale.)

PERDITA.—Ya se ha frustrado todo aquí mismo. Pero á mí no me asustó ese hombre, y aun estuve una ó dos veces á punto de decirle, que el sol que brilla sobre su palacio no se cubre la faz para negar su luz á nuestro hogar, sino que tanto alumbra al uno como al otro. (A Florizel.) ¿ Queréis, señor, tener la bondad de retiraros? Ya os había dicho yo que todo vendría á parar en esto. Os ruego que atendáis á vuestra alcornia; que en cuanto á mí, habiendo despertado de mi sueño, no lo fomentaré ni un ápice ya. Me iré á ordeñar mis ovejas, y á llorar.

CAMILO.—¿ Y qué hay, buen pastor? Habla algo antes que te mueras.

PASTOR.—No puedo hablar, ni pensar, ni me atrevo a saber lo que sé. (A Florizel.) ¡ Ah, señor ! Habéis ani-

quilado á un hombre de ochenta y tres años, que contaba con bajar en paz al sepulcro; sí, y con morir en el mismo lecho en que murió mi padre, y que mis huesos yacieran al lado de sus honrados huesos. Pero ahora será el verdugo quien tenga que amortajarme, y sepultarme sin que ningún sacerdote arroje un puñado de tierra sobre mi fosa. (*A Perdita.*) ¡Oh, maldita desalmada, que sabías que este es el príncipe, y te atreviste á mezclar su fe con la tuya! ¡Perdido! ¡Perdido! Si hubiera yo de morir ahora mismo, no querría vivir un solo instante más.

FLORIZEL.—¿Por qué me miráis de ese modo? Estoy triste, pero no asustado: todo se muda, menos mi voluntad. Soy lo mismo que era. Necesito mayor esfuerzo para resistir al lazo con que se me quiere atar; pero no me dejaré arrastrar por él.

CAMILO.—Mi digno señor, ya conocéis el carácter de vuestro padre. En este momento no tolerará que se le hable; y presumo que no os proponéis hacerlo. Temo que ni soportará el veros. Así, pues, no os presentéis á su Alteza hasta pasado el ímpetu de su cólera.

FLORIZEL.—No me propongo tal cosa. ¿Y qué pensáis vos, Camilo?

CAMILO.—Pienso como él, mi señor.

PERDITA.—¿Cuántas veces os he dicho que habría de suceder esto? ¿Cuán á menudo he repetido que mi dignidad sólo duraría hasta que esto se supiera?

FLORIZEL.—Ella no puede sufrir sino por la violación de mi fe; y entonces quebrante la naturaleza los flancos de la tierra y ahogue en ellos sus gérmenes. Levanta tus miradas. Puedes desheredarme ¡oh padre! Yo siempre seré heredero de mis afectos.

CAMILO.—Oíd mis consejos.

FLORIZEL.—Sí; los de mi amor. Si la razón le obedece, sigo la razón. Si no, mis sentidos, más satisfechos con la locura, le darán la despedida.

CAMILO.—Eso es temerario, señor.

FLORIZEL.—Llamadlo así; pero satisface mi promesa, y por eso debo estimarlo como simple honradez. Camilo: no quebrantaré mi juramento á esta hermosa amada mía, ni por toda Bohemia y cuanta pompa se pueda contener en ella, ni por lo que ilumina el sol, entraña la tierra, ó esconde el mar en sus abismos insondables. Os ruego, pues, Camilo, como venerado amigo de mi padre, que cuando me eche de menos (porque, á fe mía, no pienso volver á verle) pongáis a su pasión vuestros consejos. Y dejadme á mí y mi fortuna luchar por lo porvenir. Sabedlo, y referídselo: que salgo al mar con aquella que no puedo poseer en esta tierra. Y muy oportunamente para mi propósito, aunque no preparada para tal designio, tengo una embarcación anclada cerca de aquí. Sería inútil deciros qué rumbo me propongo seguir.

CAMILO.—¡ Oh mi señor! ¡ Cuánto querría que vuestro ánimo fuese más accesible al consejo, ó más fuerte contra la desgracia!

FLORIZEL.—Escucha, Perdita. (*La lleva á un lado.*) En seguida hablaré con vos.

CAMILO (*aparte*).—Es inflexible: está resuelto á la fuga. ¡ Qué fortuna si pudiera yo arreglar su viaje de modo que sirviese á mi deseo, lo salvase de peligros, le rindiese afecto y honor, y me devolviese la vista de mi amada Sicilia, y de aquel desdichado monarca, mi soberano, á quien tanto anhelo ver!

FLORIZEL.—Y ahora, buen Camilo, estoy tan recargado de singular faena, que os dejo sin ceremonia. (*Disponiéndose á salir.*)

CAMILO.—Señor, me parece que habéis oído algo acerca de mis modestos servicios y grande afecto consagrados á vuestro padre.

FLORIZEL.—Habéis contraído nobles méritos. Mi padre se complace en hablar de vuestros hechos, y no es

poco lo que se preocupa de recompensarlos dignamente.

CAMILO.—Pues bien, señor: si os place pensar en lo que amo al rey, y en él á lo que más se le aproxima y asemeja, que sois vos mismo, dignaos seguir mi consejo (si es que vuestro proyecto puede ser de alguna manera modificado); que por mi honor os prometo haceros llegar adonde encontréis una acogida digna de Vuestra Alteza. Allí podréis vivir con vuestra señora, de la cual veo que es imposible separaros como no sea (¡el cielo no lo permita!) a costa de vuestra ruina. Casaos allí con ella, y yo durante vuestra ausencia me empeñaré en reconciliar a vuestro padre y en alcanzar su aprobación.

FLORIZEL.—¿Y cómo podrás, Camilo, realizar este milagro? Seras á mis ojos más que hombre, y confiaré en ti para todo.

CAMILO.—¿Habéis pensado en algún lugar á donde ir?

FLORIZEL.—Todavía no; pero como en las cosas que hacemos temerariamente el acaso es el mas culpable, así también nos entregamos en brazos de él y nos dejamos llevar del primer viento que sopla.

CAMILO.—Entonces, escuchadme. Si estáis resuelto a no variar de propósito, y á emprender esta fuga, dirigios a Sicilia, y presentaos allí con vuestra hermosa princesa (pues veo que tiene de serlo) a Leontes, quien la tratará como cumple á la compañera de vuestro lecho. Paréceme ver á Leontes abriros los brazos, dándoos con sus lágrimas la bienvenida; pedir perdón al hijo, como si fuera la propia persona del padre; besar la mano de su hermosa princesa, y maldecir por una parte su maldad pasada, y por otra prodigar su bondad sin límite alguno.

FLORIZEL.—Pero ¿qué motivo dar á mi visita, digno Camilo, que la explique á los ojos de Leontes?

CAMILO.—Vuestro padre os envía á saludarlo y presentarle el consuelo de su buen afecto. Sobre vuestra manera de conducirnos respecto de él, y lo que habéis de decir en nombre de vuestro padre (que sólo sabremos los tres) os daré instrucciones por escrito. Así sabréis lo que en cada entrevista habéis de manifestarle, á fin de que se persuada de que habláis verdaderamente como si llevarais en los labios el corazón de vuestro padre.

FLORIZEL.— Me obligo á seguir este consejo. Me parece muy bien.

CAMILO.— Á lo menos es un camino que promete mas que un curso errante por extraños mares, y playas ignoradas, y sin duda alguna, lleno de dificultades y miserias, en el cual no tendríamos ni la menor esperanza de poder auxiliaros. No bien librados de un peligro caeríais en otro. Permaneced más bien allí donde os es conveniente estar, y acordaos de que la prosperidad es gran alimento del amor; pues la aflicción altera el ánimo como el rostro.

PERDITA.— Esto es verdad sólo en parte. Afecta al rostro, mas no subyuga la mente.

CAMILO.— ¿Lo pensáis así? No se habrá sufrido en siete años una aflicción igual en casa de vuestro padre.

FLORIZEL.— Mi buen Camilo; Perdita es tan superior á su estado, como yo inferior á mi cuna.

CAMILO.— No puedo decir que le falte instrucción, porque parece maestra de los que enseñan.

PERDITA.— Perdonad, señor, si no os puedo dar las gracias más que ruborizándome.

FLORIZEL.— Linda Perdita mía. ¡Oh! sobre qué espaldas caminamos! ¡Oh, Camilo, salvador de mi padre y ahora de mí: eres la buena estrella de nuestra casa! ¿Y cómo hacerlo ahora? No vamos equipados como cumple al lujo de Bohemia para presentarnos al rey de Sicilia.

CAMILO.— Esto no os inquiete. Me parece que no ignoráis que mi fortuna está allí. Yo cuidaré de que seáis tan regiamente provisto, como si la escena que representáis fuera mía. Para que sepáis que nada ha de faltáros, una palabra.

(*Conversan á un lado.—Vuelve á presentarse Antiloco.*)

ANTILOCO.— ¡ Ah, ah! ¡ Y qué tonta es la honradez! ¡ Qué necia su hermana gemela, la confianza! He vendido todos mis cachivaches: no me ha quedado una sola piedra falsa, ni cinta, ni broche, ni cosmético, ni balada. Disputaban en tumulto á quién compraría primero; como si fueran cosas benditas y cada una llevase una bendición al comprador. Y á tal punto se extasiaban con mis canciones, que habría podido desnudarlos de todas sus ropas sin que lo sintieran. Vi por las compras cuáles eran los bolsillos mejor provistos, y me aproveché del éxtasis de los oyentes para escamotearles el dinero. Á no haber llegado el maldito viejo renegando de su hija y del hijo del rey, no me habría quedado bolsa con vida.

(*Se adelantan Camilo, Florizel y Perdita.*)

CAMILO.— No, porque mis cartas, llegando de este modo al mismo tiempo que vos, desvanecerán toda duda.

FLORIZEL.— Y las que consigáis de Leontes...

CAMILO.— Han de satisfacer á vuestro padre.

PERDITA.— Que el cielo os haga feliz! Cuanto decís, arguye vuestra sinceridad.

CAMILO.— ¿ Quién es este individuo? Nos serviremos de él; pues no se debe omitir cosa alguna que nos ayude.

ANTILOCO (*aparte.*)— Si han llegado á oirme, de seguro que me ahorcan.

CAMILO.— ¡ Hola, buen hombre! ¿ Por qué temes y tiembas así? Tranquilízate. Aquí nadie te desea mal.

ANTILOCO.— Yo soy un pobre hombre, señor.

CAMILO.—Pues por lo mismo, serénate, que nadie te ha de robar ese privilegio. Precisamente por tu pobre traza hemos de hacer un cambio. Despojate inmediatamente (ya pensarás que es necesario) de esos tus pobres vestidos, y truécalos con los de este caballero. Aunque no es poco lo que él sale perdiendo, sin embargo, ahí tienes algo más para ti.

ANTILOCO.—Señor, soy tan pobre! (*Aparte.*) Bien te conozco.

CAMILO.—Vamos: date prisa. El caballero no puede perder un instante y ya ha principiado a quitarse sus ropas.

ANTILOCO.—¿Decís esto formalmente? (*Aparte.*) Sospecho una treta.

FLORIZEL.—Despacha amigo.

ANTILOCO.—Bien me interesa; pero no puedo en conciencia, tomar esto.

CAMILO.—Desata, desata. (*Florizel y Antiloco truecan sus vestidos.*) Dichosa señora, que se cumpla mi profecía. Retiraos a algún sitio oculto y poned sobre vuestra frente el sombrero de vuestra amada: cubrid con un pañuelo parte de vuestro rostro, y disfrazaos de la mejor manera que podáis, á fin de que no seáis descubierta antes de llegar a bordo; porque sin duda hay ojos que os observan ocultamente.

PERDITA.—Veo que la comedia es tal que tengo también que representar mi papel.

CAMILO.—No hay remedio. ¿Estais listos?

FLORIZEL.—Á buen seguro que si mi padre me encuentra ahora no me conoce.

CAMILO.—No habéis de llevar sombrero. Vamos, señora, venid. Adiós, amigo.

ANTILOCO.—Adiós, señor.

FLORIZEL.—Perdita ¿no hemos olvidado algo? Permitid una palabra. (*Hablan aparte.*)

CAMILO (*aparte.*)—Lo primero que tengo que hacer,

es avisar al rey de esta fuga y el lugar adonde se dirigen. Mi esperanza esta en inducirle á perseguirlos en persona, y así en compañía de él volveré á ver mi Sicilia, que ya me consume la impaciencia como si fuera una mujer.

FLORIZEL.—Que la fortuna nos favorezca! Camilo, vamos a la orilla del mar.

CAMILO.—Cuanto antes mejor.

(*Salen Florizel, Perdita y Camilo.*)

ANTILOCO.—¡Ah! Ya entiendo el negocio: lo he oído. Para ser buen ratero, lo principal es oído atento, ojo vigilante y mano lista. Y buen olfato para descubrir asuntos en que ejercitar los otros sentidos. Veo que este es tiempo oportuno para prosperar en la carrera. El príncipe mismo esta metido en la bellaquería de huir de su padre llevandose consigo á su moza. Si no fuera por respeto á mi profesión, me arriesgarla á hacer un acto de honradez, avisándolo al rey. Pero esto sería desviarme de mis principios... me callaré. (*Entran el pastor y el bufón.*) Bueno, aquí hay más tema para un cerebro activo. No hay rincón, ni iglesia, ni tienda, ni tribunal donde no vea qué hacer el hombre vigilante y emprendedor.

BUFÓN.— En esto se ve la clase de hombre que sois. No hay otro camino que decir al rey que ella es una expósita, y que no tiene nada de vuestra carne y vuestra sangre.

PASTOR.—Pero, óyeme.

BUFÓN.—Nada. Oídme vos.

PASTOR.—Pues continúa.

BUFÓN.—No siendo ella parte alguna de vuestra carne y sangre, vuestra carne y sangre no han ofendido al rey, y éste no podrá castigarlas. Mostradle los objetos que encontrasteis junto á ella la primera vez, y todas las cosas secretas que habéis guardado: todas, excepto las prendas que ella tiene consigo. Una

vez hecho esto, relas de las amenazas y de las leyes. Os lo garantizo.

PASTOR.—Se lo contaré todo al rey, hasta la más mínima palabra, y también cuanto conviene á su hijo: porque éste no se portó como debía con su padre ni conmigo, queriendo hacerme hermano político del rey.

BUFÓN.—Y que eso sería lo menos que habríais sido para él. Imaginad cuánto habría aumentado de valor cada onza de vuestra sangre.

ANTILOCO (*aparte.*)—Muy sesudos estáis, muñecos.

PASTOR.—Pues vamos á ver al rey. En este saco hay algo que le hará rascarse la cabeza.

ANTILOCO (*aparte.*)—No sé hasta qué punto esta queja será impedimento á la fuga de mi príncipe.

BUFÓN.—Deseo con todo mi corazón que lo encontremos en su palacio.

ANTILOCO.—Aunque yo por naturaleza no soy honrado, alguna vez suelo serlo por accidente. Principiaré por quitarme la barba postiza. (*Se quita la barba.*) ¡Hola! Campesinos: ¿adónde bueno?

PASTOR.—Á palacio, si place á vuestra señoría.

ANTILOCO.—¿Y qué negocios tenéis allí? ¿Y con quién? Declarad el contenido de ese bulto, el sitio de vuestra residencia, vuestros nombres y edades, y cuanto conviene que se conozca.

BUFÓN.—Somos gentes del pueblo, señor.

PASTOR.—¿Sois de la corte, señor?

ANTILOCO.—Qué! ¿No ves el aire de corte en todo mi aspecto? ¿No contemplas en mi vestidura la elegancia de la corte? ¿No te llega al olfato mi olor de corte? ¿Y no sientes caer sobre tu bajeza mi desprecio cortesano? Sí; soy cortesano de piés á cabeza, y así te mando que me manifiestes el negocio que traes entre manos.

PASTOR.—Es un asunto que interesa al rey.

ANTÍLOCO.—¿Y tienes álguien que abogue por ti ante él?

PASTOR.—No conozco allí á nadie.

BUFÓN.—Este no puede ser sino un cortesano de nota.

PASTOR.—Sus vestidos son ricos, pero no los lleva con distinción.

BUFÓN.—Pues por lo mismo que es algo extravagante ha de ser muy noble. Estoy seguro de que es un grande hombre.

ANTÍLOCO.—Vamos; ese bulto ¿qué contiene? ¿Y para qué traéis eso?

PASTOR.—Señor; secretos hay ahí que sólo el rey puede saber; y los sabrá inmediatamente si puedo hablar con él.

ANTÍLOCO.—Anciano, has perdido tu trabajo.

PASTOR.—¿Por qué, señor?

ANTÍLOCO.—El rey no está en palacio. Se ha ido á bordo de un buque nuevo para distraer su melancolía y respirar el aire libre; porque has de saber, si eres capaz de cosas serias, que el rey está muy apesadumbrado.

PASTOR.—Así dicen, señor, y que es con motivo de que su hijo quería casarse con la hija de un pastor.

ANTÍLOCO.—Pues si el tal pastor no ha sido habido aún, bien puede poner los piés en polvorosa; porque no hay como ponderar las torturas y el género de muerte que le aguardan.

BUFÓN.—¿Os parece así, señor?

ANTÍLOCO.—Y no será él solo quien sufra el peso de la venganza; sino que caerán en manos del verdugo todos sus parientes, aun los más remotos; lo cual es muy doloroso, pero necesario. Hay quien dice que morirá lapidado, aunque se piensa que esta clase de muerte es todavía demasiado suave para tal delito. ¡Pretender un viejo bellaco de pastor que su hija llegue

hasta el trono! Todas las muertes son pocas para castigarlo.

BUFÓN.—¿Sabéis, señor, si aquel anciano tiene algún hijo?

ANTÍLOCO.—Sí; tiene uno, que ha de ser desollado vivo, y luégo sentado sobre panales de avispas, hasta que esté medio muerto. Luégo le harán recobrar los sentidos con aguardiente ó cosa semejante; y untado de miel lo recostarán sobre una pared de ladrillos caldeados por el sol del medio día de verano, y lo dejarán hasta que muera picado por las moscas. Pero ¿á qué hablar de esos traidores? Decidme el asunto que traéis para el rey, y os conduciré á su nave y os presentaré á él y os apoyaré con mi recomendación. Si alguien, excepto el rey, puede conseguir lo que deseáis, este soy yo.

BUFÓN (*aparte al pastor*).—Parece hombre de mucha autoridad. Aferraos á él y no le escaseéis el oro; porque á pesar de ser la autoridad un oso muy testarudo, muchas veces se le conduce por las narices con cadennilla de oro. Así, vaciad la bolsa en sus manos. No lo olvidéis: el uno, lapidado! el otro, desollado vivo!

PASTOR.—Pues si os place, señor, ayudarnos en nuestro asunto, aquí tenéis el oro que traigo; y os entregaré otro tanto, quedando aquí este joven, hasta que yo vuelva con el resto.

ANTÍLOCO.—¿Después de haber cumplido yo mi oferta?

PASTOR.—Sí, señor.

ANTÍLOCO.—Bien. Entregadme la primera mitad. ¿Sois interesado en este negocio? (*Al bufón.*)

BUFÓN.—En cierta manera, no soy extraño á él; pero tengo esperanza de que en este caso no me sacarán la piel.

ANTÍLOCO.—Eso se queda para el hijo del pastor. Mal rayo lo parta! Ya haremos que sirva de ejemplo!

BUFÓN.—No hay remedio, sino ir á ver al rey y revelar el extraño y secreto caso, para que se convenza de que no es vuestra hija ni mi hermana. (*A Antíloco.*) Señor; yo os daré tanto como este anciano, tan luégo como haya concluido el negocio; y os serviré de prenda hasta que él regrese.

ANTÍLOCO.—Confiaré en vos. Caminad ahora hacia el mar, tomando á la derecha. Ya os sigo.

BUFÓN.—¡Qué bendición, el habernos encontrado á este hombre!
(*Salen el pastor y el bufón.*)

ANTÍLOCO.—Si me diera la tentación de ser honrado, está visto que la fortuna no me permitiría caer en ella. Heme aquí agasajado con doble premio; oro, y los medios de hacer bien al príncipe mi señor. ¡Quién sabe el adelanto que esto habrá de traerme! Llevaré á palacio á este par de imbéciles, y si él cree que su queja no le concierne, los echará á tierra, y me llamará bribón; cosa que no es nueva para mí. Se los presentaré; puede haber en ello tela que cortar. (*Sale.*)





ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Sicilia.— Habitación en el palacio de Leontes.

Entran LEONTES, CLEÓMENES, DIÓN, PAULINA y otros.

CLEÓMENES.

HARTO hicisteis, señor; basta ya; cumplisteis los deberes del arrepentimiento. No podéis haber cometido falta que no haya sido ya redimida; y en verdad que la penitencia fué superior á la culpa. Haced al fin lo que ha hecho el cielo; olvidad vuestro mal, y perdonaos a vos mismo como él os ha perdonado.

LEONTES.—Mientras me acuerde de ella y de sus virtudes, no podré olvidar mi delito ni el mal que me he causado a mí propio. Y cuán grave es, bien lo muestra que haya quedado sin heredero el reino, y yo sin la más dulce compañera en quien jamás hombre alguno haya fundado sus mejores esperanzas.

PAULINA.—Verdad, señor, harta verdad. Si pudiérais desposaros una tras otra con cuantas mujeres existen; ó tomar lo mejor de cada una para formar una mujer

perfecta, no llegaríais á tener una igual á la que masticais.

LEONTES.—Tambièn lo creo. ¿ La maté yo ? Sí ; yo la maté. Pero me hieres amargamente al decir esto ; porque en tu boca es tan amargo como en mi pensamiento. ¡ Ah ! no lo repitas.

CLEÓMENES.—Nunca, señora. Podiais haber usado lenguaje más conveniente y mas conforme á la bondad del rey.

PAULINA.—Vos sois de los que quisieran verle casado otra vez.

DIÓN.—Y si no lo deseais vos misma, sin duda no compadecéis al Estado, ni el recuerdo de su soberana. Considerad un momento qué peligros pueden caer sobre el reino, por falta de sucesión, y cómo querran devorarlo los extraños ambiciosos. Ella misma se regocijara de ello en su tumba ; pues ¿ qué hay más santo después de eso, que salvar la dinastía, buscar el propio alivio y el bien futuro del reino, dando al rey digna compañera ?

PAULINA.—Ninguna hay bastante digna de reemplazar a la que fué. Fuera de esto, los dioses haran que sus secretos propósitos se cumplan. ¿ No dijo el divino Apolo, que el rey Leontes no tendrá heredero hasta que la perdida niña sea recobrada ? Y que esto suceda me parecería tan maravilloso como que mi Antigono saliera de su sepulcro para volver a mi lado, pues creo evidente que pereció con la infanta. Vuestro consejo se reduce á que mi señor contrarie la voluntad del cielo. (*A Leontes.*) No penséis, señor, en herederos ; que ya tendra alguno la corona. El gran Alejandro dejó la suya al mas digno, seguro de que le heredaría el mejor.

LEONTES.—Buena Paulina, tú de quien me consta el grande honor en que tienes la memoria de Hermiona ; ¡ oh ! si me hubiese conformado yo con tu consejo ! No

me faltarían ahora los dulces ojos de mi reina, ni el néctar de sus labios! Verdad; no hay otra como ella. Así, pues, no quiero tomar ninguna. Si una inferior á ella y mejor tratada, ocupara su lugar, volvería el espíritu de Hermiona á su cadáver y aquí mismo exclamaría lleno de indignación: «¿Por qué me ofendes?»

PAULINA.—Y si tuviera tal poder, no le faltaría razón.

LEONTES.—Sí que la tendría y yo sería inducido á matar á la que hubiese tomado por esposa.

PAULINA.—Yo lo haría, a ser ella. Os invitaría á mirar sus ojos y á decirme por qué hechizo la hablais escogido; y luégo lanzando un alarido cuyo eco no se borrara jamas de vuestra mente, diría: «Acuérdate de los míos.»

LEONTES.—Eran estrellas, verdaderas estrellas; y los ojos de las demás, carbones apagados. No temas que yo tome esposa: no la tomaré, Paulina.

PAULINA.—¿Jurarlais, señor, no casaros nunca sin mi consentimiento?

LEONTES.—Lo juraría por la salvación de mi espíritu.

PAULINA.—Sed, pues, señores, testigos de este juramento.

CLEÓMENES.—Á mucho exponéis su fe.

PAULINA.—Hasta que pueda encontrar su vista a una que sea tan semejante a Hermiona como su propio retrato.

CLEÓMENES.—Basta, señora...

PAULINA.—He concluído. Mas si deseáis casaros, señor, dadme al menos la comisión de escogeros una reina. No sera tan joven como la primera; pero se le asemejara en términos que si volviera a la tierra su propio espíritu, se alegraría de verla en vuestros brazos.

LEONTES.—Mi fiel Paulina: nunca me casaré hasta que tú lo pidas.

PAULINA.—Eso será cuando vuestra primera reina vuelva á respirar. *(Entra un caballero.)*

CABALLERO.—Señor : uno que se dice príncipe Florizel, hijo de Polixenes, acompañado de su princesa (la más bella que he visto en mi vida), pide audiencia a vuestra augusta majestad.

LEONTES.—¿ Qué tenemos que ver con él ? No parece venir conforme a la grandeza de su padre. Su llegada exenta de la acostumbrada ceremonia, parece indicar que esta visita ha sido impuesta por necesidad ó por accidente. ¿ Qué séquito trae ?

CABALLERO.—Muy pocas personas y de pobre apariencia.

LEONTES.—¿ Decís que le acompaña su princesa ?

CABALLERO.—Sí. Es la más incomparable criatura de la tierra, que haya alumbrado el sol.

PAULINA.—¡ Oh Hermiona ! Así como cada tiempo se jacta de ser superior al que le ha precedido, así también tu sepulcro debe ceder el puesto á lo que aparece de nuevo. Vos, señor, hablais dicho y escrito que « la hermosura de la reina no era ni podía ser igualada. » Tal es el tenor de vuestros propios versos ; y se aviene muy mal con lo que afirmáis ahora de haber visto otra mejor.

CABALLERO.—Perdonad, señora. Tenía ya casi olvidada a la mía (perdonad otra vez), y cuando hayáis visto a la otra, vuestros elogios igualarán á los míos. Es una criatura tal, que si quisiera fundar una secta, dejaría en la oscuridad el celo de todos los profesores: pues le bastaría para ganar prosélitos la simple insinuación de que la siguieran.

PAULINA.—Pues no sería así si se dirigiera á las mujeres.

CABALLERO.—Las mujeres la amarán, porque siendo mujer vale mas que cualquier hombre ; y los hombres, porque es la más extraordinaria mujer de todas.

LEONTES.—Id, Cleómenes; y acompañado de vuestros venerables amigos, traedlos aquí, que yo los abrace. (*Salen Cleómenes, señores y caballeros.*) Sin embargo, es extraño que se presenten sin previo anuncio y de tan singular modo.



PAULINA.—Á haber vivido nuestro príncipe (aquella perla de la infancia) habría hecho una hermosa pareja con ese joven señor; pues entre el nacimiento del uno y el del otro, apenas hubo un mes de intervalo.

LEONTES.—Por favor, no mas. Sabes que hablarme de él es para mí verle morir de nuevo. Sin duda cuando haya visto a este caballero, tus palabras traerán de nuevo a mi memoria mi dolor. Ya llegan... (*Vuelve á entrar Cleómenes con Florizel, Perdita, y séquito.*) Prin-

cipe, vuestra madre ha impreso en vos la fiel imagen de vuestro regio padre. Sois en tal grado copia suya, que si yo tuviera ahora veintiún años, os llamaría hermano, como le llamaba á él. Sed bienvenido de todo corazón, y también vuestra princesa, verdadera diosa, por su hermosura. ¡ Ay de mí ! que perdí una pareja que podía, como vosotros, erguirse y despertar la admiración por su gracia ; y perdí también, por mi propia insensatez, la compañía y amistad de vuestro padre, a quien tanto deseo ver todavía en medio de mi desdicha.

FLORIZEL.—Por orden suya he arribado á Sicilia a presentaros los saludos y afectos que el monarca y el amigo pueden enviar á su hermano. Él mismo habría atravesado el mar para veros, á no impedírsele su salud abrumada por los cuidados y afanes del trono: pero me ordenó deciros que os ama mas que a otro rey alguno.

LEONTES.—¡ Oh hermano mío ! De nuevo se levantan en mi corazón los pesares de la injusticia que te hice ! Y estos mismos bondadosos oficios tuyos, renuevan mi pesar. Si, sed bienvenido ; oh príncipe ! como la primavera á la tierra. ¿ Pero cómo ha podido arriesgar también a los peligros del terrible Neptuno, á esta maravillosa criatura, por saludar a un hombre que no merece tal sacrificio de su parte ?

FLORIZEL.—Ella, mi bondadoso señor, viene de Libia.

LEONTES.—¿ Donde el guerrero Sinalus, noble y venerado monarca, es tan amado y temido ?

FLORIZEL.—De allí, señor ; de allí donde con lágrimas en los ojos la despidió su padre. Favorecidos por el tiempo cruzamos el mar, y vinimos á Sicilia en cumplimiento de la orden de mi padre de visitar a Vuestra Alteza. De aquí he enviado casi todo mi séquito á Bohemia, para significar no solamente mi

buen éxito en Libia, sino también nuestra feliz llegada á vuestra patria.

LEONTES.—Que los dioses hagan mas puro y sano el aire de Sicilia mientras permanezcáis aquí. Tenéis por padre á un caballero, a un santo, contra cuya persona, sagrada como es, he peçado; y los cielos me dieron por castigo dejarme sin heredero: al paso que vuestro padre, mereciendo bien de ellos, ha sido bendecido con teneros a vos, que sois digno de él. ¡Oh! ¡Qué feliz no habría sido yo si hubiese podido contemplar ahora á mi hijo y mi hija, semejantes á vosotros? *(Entra un noble.)*

NOBLE.—Noble señor: lo que debo deciros parecería increíble, si la prueba de ello no estuviera tan a mano. El rey de Bohemia en persona os saluda por mi boca, y desea que detengáis a su hijo, quien violando su dignidad y su deber ha abandonado á su padre y sus legítimas esperanzas, para huir con la hija de un pastor.

LEONTES.—¿Dónde esta el rey de Bohemia? ¡Habla!

NOBLE.—Aquí, en la ciudad, y vengo de hablar con él. Mientras se apresuraba a venir (en persecución, según parece, de esta pareja), se encontró en el camino con el padre de esta pretendida señora y á su hermano, que habían abandonado el país junto con este joven principe.

FLORIZEL.—Camilo me hizo traición! Camilo cuya honradez había resistido hasta ahora á toda prueba!

NOBLE.—Á él mismo podréis dirigir tal reproche, puesto que acompaña al rey, vuestro padre.

LEONTES.—¡Quién! ¡Camilo!

NOBLE.—Camilo, señor. Hablé con él, que se ocupa en interrogar á esos dos pobres hombres. Nunca he visto á dos pobres diablos temblar con tanto terror. El rey de Bohemia se tapa los oídos y los amenaza con el suplicio y la muerte.

PERDITA.—¡ Oh infeliz padre mío! Los cielos están contra nosotros y no quieren que se celebre nuestro enlace.

LEONTES.—¿ Sois casados?

FLORIZEL.—No lo somos aún, señor, y temo que no podremos serlo. Parece que los cielos y la tierra conspiran contra nuestra boda.

LEONTES.—¿ Y es ésta, señor, la hija de un rey?

FLORIZEL.—Lo será luégo que sea mi esposa.

LEONTES.—Y eso tardará mucho, á lo que veo, por la prisa que se ha dado vuestro padre. Aflígeme, sí, me aflige en el alma que hayáis incurrido en su desagrado, olvidando vuestro deber; y no menos me apesadumbra el que vuestra elegida no sea tan rica en dignidad como en belleza, para que pudiérais gozar de su compañía.

FLORIZEL.—¿ Por qué abatirte, amada mía? Aunque la Fortuna y mi padre se unan para perseguirnos, no pueden, no, alterar en un ápice nuestro amor. Os ruego, señor, que os acordéis del tiempo en que erais tan joven como yo; y en memoria de los afectos que teniais entonces, haceos mi abogado. Estoy seguro de que mi padre otorgará a vuestra demanda la cosa de mayor precio, como si nada fuera.

LEONTES.—Si así fuese, le pediría vuestra preciosa dama, a quien él mira, en efecto, como de ningún valor.

PAULINA.—Señor, llamea todavía en vuestros ojos el fuego de la mocedad, y os parece mejor de lo que es. Un mes antes de su muerte, la reina, vuestra esposa, valía mas que ella.

LEONTES.—Pues en ella pensaba en el momento mismo de contemplar á esta joven. (*A Florizel.*) Pero no he respondido aún a vuestra petición. Hablaré a vuestro padre; y pues vuestros afectos no han mancillado la honra, los favoreceré como amigo. Para ello, dignaos seguirme. Venid, mi buen amigo. (*Salen.*)

ESCENA II.

Delante del palacio.

Entran ANTILOCO y un caballero.

ANTILOCO.—Decidme, señor, os lo suplico: ¿estabais presente a lo que habéis referido?

1.º CABALLERO.—Vi que abrían el saco y escuché al pastor referir el modo cómo lo había encontrado; después de lo cual, y en medio de la sorpresa y asombro que ello causó, nos hicieron salir á todos fuera del aposento. Sólo alcancé a oír que el pastor había encontrado a la niña.

ANTILOCO.—¡Cuánto me alegraría saber el desenlace de todo esto!

1.º CABALLERO.—No lo he dicho todo. El rey y Camilo soltaban exclamaciones de admiración profunda; y se miraban uno al otro, como si sus ojos no pudieran jamás saciarse de tal contemplación. Se puede decir que su silencio hablaba, y hablaban sus actitudes, según eran de expresivas. No parecía sino que oían hablar de todo un mundo rescatado ó destruído; tal era la intensidad de su asombro. Sin embargo, el mas diestro observador no habría podido discernir si en el fondo dominaba la alegría ó el pesar. Lo indudable es que aquello era el extremo del uno ó de la otra. (*Entra otro caballero.*) Aquí viene otro caballero que felizmente sabe algo mas que yo. ¿Qué noticias traéis, Rogero?

2.º CABALLERO.—Que esta cumplido el oraculo. Se ha encontrado a la hija del rey. Y os aseguro que hoy se han revelado tantas maravillas que no caben en una novela. (*Entra un tercer caballero.*) He aquí al mayor-domo de la señora Paulina. El puede decirnos mucho

más. ¿Qué tal, señor mío? Las noticias que tenemos son tan parecidas á una novela, que casi se podría sospechar de su verdad. ¿Es cierto que el rey ha encontrado a su heredera?

3.^o CABALLERO.—Ciertísimo, hasta donde es posible que la verdad sea confirmada por todas las circunstancias. Hay tal unidad en las pruebas, que juraríais haber visto los hechos. El manto de la reina Hermiona; su medallón en el cuello de su hija; las cartas de Antígono, cuya letra es conocida, encontradas junto á ella; la natural majestad de la niña, que se asemeja a la madre; la nobleza que se revela espontáneamente por encima de su educación; y otros muchos indicios proclaman con entera certidumbre que es la verdadera hija del rey. ¿Presenciásteis la entrevista de los dos reyes?

2.^o CABALLERO.—No.

3.^o CABALLERO.—Pues habéis perdido una escena que era para vista, no para narrada. Habríais visto una alegría coronar á otra, en tal manera, que expresándose con lágrimas, se mezclaban estas á las que arrancaba a intervalos algún pesaroso recuerdo. Allí se confundían de tal modo las manos, las actitudes, las miradas de afecto, que sólo se podía discernir á los personajes por sus vestidos, no por lo vehemente de la expresión. Nuestro rey no cabía en sí de júbilo por el hallazgo de su hija; y como si esa alegría se convirtiera en dolor, exclamaba: «¡Oh! tu madre! tu madre!» Y luego pedía al de Bohemia que lo perdonara; y abrazaba á su yerno, y estrechaba de nuevo a su hija contra su corazón, y daba gracias al viejo pastor que permanecía allí absorto y como inmóvil resto de muchos reinados. Jamás, jamás he presenciado escena semejante, ni sería posible describirla en lenguaje alguno.

2.^o CABALLERO.—¿Y qué fué de Antígono, el que se llevó de aquí á la niña?

CUENTO DE INVIERNO

3.^{er} CABALLERO.—Corrió una suerte que parece también forjada para alguna novela. Fué despedazado por un oso, según refiere el hijo del pastor; á quien abonan además de su ingenuidad (que es mucha) el pañuelo y los anillos de Antígono, que Paulina ha reconocido.

1.^{er} CABALLERO.—¿Y qué se dice de la nave y los tripulantes?

3.^{er} CABALLERO.—Naufragaron en el momento mismo de la muerte de su señor, y á la vista del labriego; de manera que todos los instrumentos que sirvieron para exponer á la niña, desaparecieron en el instante en que ésta fué encontrada. ¡Qué noble lucha entre la alegría y el dolor sostuvo la digna Paulina! Por un lado, abatíala la pérdida de su esposo; por otro, la enagenaba de gozo el cumplimiento del oráculo. Levantó en sus brazos á la princesa y la abrazó como si hubiera querido prenderla sobre su corazón para que no volviera nunca á estar en peligro de perderse.

1.^{er} CABALLERO.—La solemnidad de esta escena era digna de reyes y de príncipes, como que tales fueron los actores.

3.^{er} CABALLERO.—Uno de los rasgos más conmovedores, y que por cierto hizo saltar mis lágrimas, fué cuando el rey confesó valerosamente y lamentó la muerte de la reina; a cuya narración la princesa pasando de un suspiro de dolor a otro, rompió al fin en una exclamación tan sentida y desgarradora, que en verdad hizo que me llorase sangre el corazón. Entonces, no hubo espectador de corazón de marmol que no palidciera; otros se entregaban á excesos de dolor; si el mundo entero hubiese presenciado la escena, el pesar hubiera sido universal.

1.^{er} CABALLERO.—¿Han regresado á la corte?

3.^{er} CABALLERO.—No. La princesa al oír que Paulina custodia la estatua de la reina, obra maestra del in-

signe escultor Julio Romano, que ha empleado muchos años en acabarla, se empeñó en verla. Si el artista hubiera tenido el poder de robar a la naturaleza el aliento y la vida, para infundirlos á su estatua, no habría producido una Hermiona más semejante á la verdadera; pues se siente uno irresistiblemente impulsado a hablarla, como si hubiese de responder. Allí se han encaminado todos, y creo que se proponen cenar allí.

2.º CABALLERO.—Ya pensaba yo que Paulina traía algo muy importante entre manos; porque desde la muerte de Hermiona ha visitado privadamente dos ó tres veces cada día aquel secreto aposento. ¿No os parece que debemos ir y participar de aquel regocijo?

1.º CABALLERO.—¿Quién, pudiendo, no iría? Hoy es el día en que cada mirada de las regias familias engendrará un favor; y nuestra ausencia nos expondría á perderlos. Vamos. (Salen.)

ANTILOCO.—Pues si no llevase yo ahora sobre mi el estigma de mi vida pasada, sobre mí lloverían las distinciones como mana del cielo. Yo llevé al viejo pastor y su hijo al buque donde estaba el príncipe: le referí cómo les había oído hablar de aquel saco y de no sé qué cosas más; y a no haber estado su pretendida tan atormentada por el mareo, ni él mucho mejor que ella, durante casi todo el viaje, yo habría sido el descubridor de este misterio. Pero lo mismo da; porque en tal caso, el hallazgo no hubiera estado en armonía con las hazañas de mi profesión. *(Entran el pastor y su hijo.)* Aquí vienen mis favorecidos contra mi voluntad, alumbrados por la brillante aurora de su fortuna.

PASTOR.—Vamos, muchacho. Á mi edad ya no he de tener hijos; pero los tuyos serán todos caballeros de nacimiento.

EL HIJO.—Me alegro de encontraros, caballero. El

otro día rehusasteis batiros conmigo porque yo no era caballero de nacimiento. ¿Veis este ropaje? Pues decid ahora que no es mi porte el de un caballero y que no lo soy.

ANTÍLOCO.—Conozco que sois ahora, señor, caballero de nacimiento.

EL HIJO.—Y así lo creo yo hace cuatro horas.

PASTOR.—Y yo también, muchacho.



EL HIJO.—¿También vos? Pero yo he sido caballero de nacimiento antes que mi padre; porque el hijo del rey me asió de la mano y me llamó su hermano; y entonces fué cuando los dos reyes llamaron hermano a mi padre; y el príncipe mi hermano y la princesa mi hermana llamaron padre a mi padre; y nos fuimos a llorar... y fueron las primeras lágrimas aristocráticas que derramamos.

PASTOR.—Y podremos vivir para derramar muchas más.

EL HIJO.—Claro que sí.

ANTILOCO.—Perdonadme, señor, todas las faltas que he cometido respecto de vuestra señoría, y recomendadme al príncipe mi señor.

PASTOR.—Hazlo, hijo mío; porque ahora que somos caballeros debemos ser bondadosos.

EL HIJO.—¿Prometes enmendarte?

ANTILOCO.—Sí, cuanto plazca á vuestra señoría.

EL HIJO.—Dame tu mano. Juraré al príncipe que eres el mozo más honrado que hay en Bohemia.

PASTOR.—Bueno es que lo digas; pero no lo jures.

EL HIJO.—¿Cómo que no lo jure? Diganlo los villanos; yo lo juro.

PASTOR.—¿Si resultare falso?

EL HIJO.—Por más falso que sea, un caballero puede jurar por un amigo. Juraré que eres laborioso y que nunca te emborrachas, aunque sé que nunca trabajas y que te emborrachas á cada rato. Pero juraré, y cuento que no me dejarás mentir.

ANTILOCO.—Haré, señor, cuanto esté en mi mano.

EL HIJO.—Hazlo; me asombra que te atrevas á emborracharte no siendo caballero. ¿Oís? Los reyes y los príncipes nuestros parientes van a ver el retrato de la reina. Vamos. Síguenos; nosotros te protejéremos. (Salen.)

ESCENA III.

Una sala en casa de Paulina.

Entran LEONTES, POLIXENES, FLORIZEL, PERDITA, CAMILO, PAULINA, nobles y séquito.

LEONTES.—¡Oh grave y buena Paulina! ¡Cuanto consuelo he recibido de tu mano!

PAULINA.—Señor, donde no llegaron mis actos, llegó

el buen deseo. Habéis recompensado todos mis servicios; pero haberos dignado junto con vuestro regío hermano y con los herederos de vuestros reinos, visitar mi pobre casa, es una merced tan excesiva que no podré agradecerla bastante en toda mi vida.

LEONTES. — Oh Paulina! El honor que os dispensamos también os da qué hacer; pues venimos á ver la estatua de nuestra reina. Muchas singularidades hemos notado con sumo placer en vuestra galería; pero no hemos encontrado en ella lo que mi hija vino á mirar: la estatua de su madre.

PAULINA. — Así como fué sin igual en vida, así también lo es su imagen después de muerta: pues creo que excede a cuanto podais haber visto labrado por la mano del hombre. Y por eso la conservo aparte y sola. Preparaos a ver tan cabal imitación de la vida, como lo es de la muerte el sueño más profundo. Pero, hela aquí: vedla y decid si está bien. (*Descorre una cortina y descubre la estatua.*) Me place vuestro silencio. él expresa mejor vuestro asombro. Pero hablad, mi señor: ¿no os parece idéntica?

LEONTES. — ¡Oh! es ella misma. ¡Ah! Lléname de reproches, querida piedra, pero que pueda decir: *Es Hermiona!* ¡Oh, no eres ella, puesto que no me acusas ni te quejas! Porque ella era dulce y mansa como la infancia y como la bondad. Pero, Paulina, Hermiona no era con mucho tan avanzada en edad como parece ésta.

POLÍXENES. — ¡Oh, no! ni con mucho.

PAULINA. — Tanto mayor mérito en nuestro artista, que deja pasar diez y seis años y la representa como si viviera en este mismo instante.

LEONTES. — Y como si hubiera venido á servirme de consuelo, tan grande, que iguala al dolor que traspasa mi corazón. ¡Oh! asimismo estaba, con esa vida llena de majestad (vida real, no insensible y helada como

esta) cuando la tomé por esposa mía! Me avergüenzo de mí mismo. ¿Cómo no me rechaza este mármol, al ver que soy más duro que él? ¡Oh, regia estatua! No sé qué magia hay en tí, que ha hecho surgir todos mis recuerdos, y ha llevado tal suspensión al ánimo de tu hija, que absorta en contemplarte parece también una estatua como tú!

PERDITA.—Permitidme, y os ruego que no os parezca impulso supersticioso, permitidme que me arro-dille é implore su bendición: Amada reina y señora, que dejasteis el mundo apenas entraba yo en él, dadme esa mano vuestra para besarla!

PAULINA.—¡Oh! cuidado. La estatua acaba de ser colocada, y los colores aún no están secos.

CAMILO.—¡Cuán profundamente ¡oh señor! se grabó vuestra tristeza, cuando diez y seis años no han podido borrarla! Apenas habrá durado tanto tiempo felicidad alguna: y sin duda ningún dolor tuvo tanta duración.

POLIXENES.—Querido hermano: consentid que aquel que fué causa de esto, pueda aliviaros de tanto pesar cuanto pueda tomar él para sí mismo.

PAULINA.—En verdad, mi señor, si yo hubiera pensado que la visita de mi pobre estatua (porque esta piedra es mía) os había de afectar en tal grado, no os la hubiera mostrado.

LEONTES.—No corráis la cortina.

PAULINA.—Si la miráis largo rato, vuestra fantasía os hará pensar que se mueve.

LEONTES.—Sea, sea. Desearía haber muerto, si no pensara... Pero ¿quién ha hecho esto? Decid, señor, ¿no diríais que respira? ¿y que por esas venas corre verdadera sangre?

POLIXENES.—Admirablemente ejecutado! Como si la vida diera calor á sus labios.

LEONTES.—Y el arte ha dado á los ojos tal expresión que parece como si se movieran.

PAULINA.—Correré la cortina. Mi señor está ya tan enagenado, que creará ahora mismo que se mueve.

LEONTES.—¡Oh buena Paulina! Dejadme que lo crea así veinte años seguidos. Ninguna evidencia de los sentidos valdrá para mí en este mundo lo que el placer de esa ilusión. No cubras la estatua.

PAULINA.—Siento, señor, haberos conmovido tanto; pero podría afligiros más aún.

LEONTES.—Hazlo, Paulina; que tal aflicción es para mí como el más dulce cordial. Todavía me parece que exhala su aliento. ¿Qué cincel pudo jamás producir tal efecto? Nadie se burle porque quiero besarla.

PAULINA.—Perdonad, mi buen señor. El carmín de la pintura de sus labios está húmedo, y lo echaríais a perder, fuera de que os quedaria en los vuestros la huella de los colores y el aceite. ¿Correré la cortina?

LEONTES.—No; no, en veinte años.

PERDITA.—Otros tantos estaría yo contemplándola.

PAULINA.—Pues dejad inmediatamente la capilla, ó preparaos para una sorpresa más grande. Si podéis resistirlo, yo haré que se mueva la estatua; pero pensaréis (y protesto contra ello) que me asisten los malos espíritus.

LEONTES.—Dicha grande será para mí ver lo que hagas y oír lo que puedas hacerla hablar; porque tan fácil sería hacerla hablar como hacerla mover.

PAULINA.—Pero es necesario que despertéis vuestra fe. Permaneced todos quietos; ó que se alejen los que crean que hay mal en lo que voy á hacer.

LEONTES.—Empieza: no se moverá nadie.

PAULINA.—Música, despiértala. (*Suena la música.*) Es tiempo de que descienda y no sea ya una estatua. Acercaos y llenad de asombro á los que os contemplan. Yo llenaré el vacío de vuestro sepulcro. Moveos, venid. Devolved á la muerte vuestro silencio; pues la vida os redime para vuestro esposo. Ya lo veis.... Se mueve.

(*Hermiona baja del pedestal.*) No os sorprendáis. Sus acciones serán santas, como es veraz y honesto mi proceder. No os apartéis de ella, mientras no la veáis morir de nuevo; pues así la mataríais dos veces. Presentadle vuestra mano. Cuando era joven, fuisteis vos quien la solicitó: ahora es ella quien os demanda.

LEONTES (*abrazándola.*)— ¡Oh! Siento su calor! Si esto es magia, sea lícita la magia.

POLÍXENES.— Ella lo abraza ahora.

CAMILO.— Sí; si está viva, debería hablar.

POLÍXENES.— Y manifestar cómo fué rescatada del sepulcro y cómo ha vivido.

PAULINA.— Si se os hubiera anunciado que estaba viva, os habríais burlado de ello como de un cuento de viejas. Aunque no ha hablado aún, ya veis que vive. Observad un momento. Dignaos, mi buena princesa, interponeros y arrodillaros para implorar su bendición. Volved, mi reina y señora; vuestra Perdita ha sido hallada.

(*Presenta á Perdita, que se arrodilla delante de Hermiona.*)

HERMIONA.— Dignaos mirarla ¡oh dioses! y derramad vuestras mercedes sobre la cabeza de mi hija! Dime, alma mía, ¿cómo has sido salvada? ¿dónde has vivido? ¿Cómo pudiste hallar la corte de tu padre? Has de saber que Paulina me informó del oráculo, y he querido vivir para ver su cumplimiento.

PAULINA.— Tiempo tendréis para todo eso. No querria nadie que vuestra alegría se turbe con aquella narración. Id, id a disfrutar juntos la dicha que habéis alcanzado, vosotros, felices padres é hijos! Yo, pobre tortuga vieja, me arrastraré á algún solitario rincón a lamentar á mi perdido compañero.

LEONTES.— Poco a poco, Paulina. Debéis con mi consentimiento tomar esposo, así como yo casaré también con vuestra aprobación. Es un convenio a que estamos



PAULINA. —. Ya lo veis. Se mueve.

ligados por juramento. Habéis encontrado á mi esposa, aunque el modo no lo habéis explicado aún ; pues cuando la ví la última vez la creí muerta y desde entonces he elevado en vano muchas preces sobre su tumba. No tengo que ir muy lejos para encontraros un digno compañero, pues conozco algo de su intento. Ven, Camilo, y tómalala de la mano, tú cuya honradez y mérito son aquí atestiguados por dos reyes. Salgamos de este sitio. ¡Qué! Mira á mi hermano, y perdónadme ambos si un día tuve celos como un insensato de vuestras inocentes miradas. Este príncipe, hijo de nuestro hermano Polixenes, es el prometido esposo de nuestra hija. Buena Paulina, conducidnos fuera, adonde podamos holgadamente preguntar y responder cada cual sobre la parte que le ha cabido en este largo espacio de tiempo, desde que fuimos separados. Ea! Salgamos al punto. - (Salen.)

